

¡CARAJÓ!

UNA NARRACIÓN DE LAS MOVILIZACIONES SOCIALES
PAROS CÍVICOS: CHOCÓ Y BUENAVENTURA 2017



*“Me niego absolutamente a ser parte
de los que se callan. De los que temen, de los que lloran.
Porque me acepto rotundamente libre,
rotundamente negra, rotundamente hermosa”.*

Shirley Campbell
Poeta afrocostarricense

*“Ay oí... Oye nuestro canto
Nuestro pueblo ya no aguanta tanto.
Soportamos la inclemencia por los siglos de los siglos
Nuestros sueños e ilusiones se han quedado en el olvido
la unión hace la fuerza. Lucha hasta que lo logremos.
Nuestro pueblo se cansó. Solo quiere reivindicación.
Un cambio... cambio... cambio
Y seguiremos cantando, y seguiremos luchando
Y seguiremos riendo y seguiremos bailando.
Ay oí... Oye nuestro canto
Nuestro pueblo ya no aguanta tanto”.*

Oye nuestro canto
Ensamble Pacífico
**(Bahía, Canalón, Herencia,
El Mulatho, Esteban Copete)**

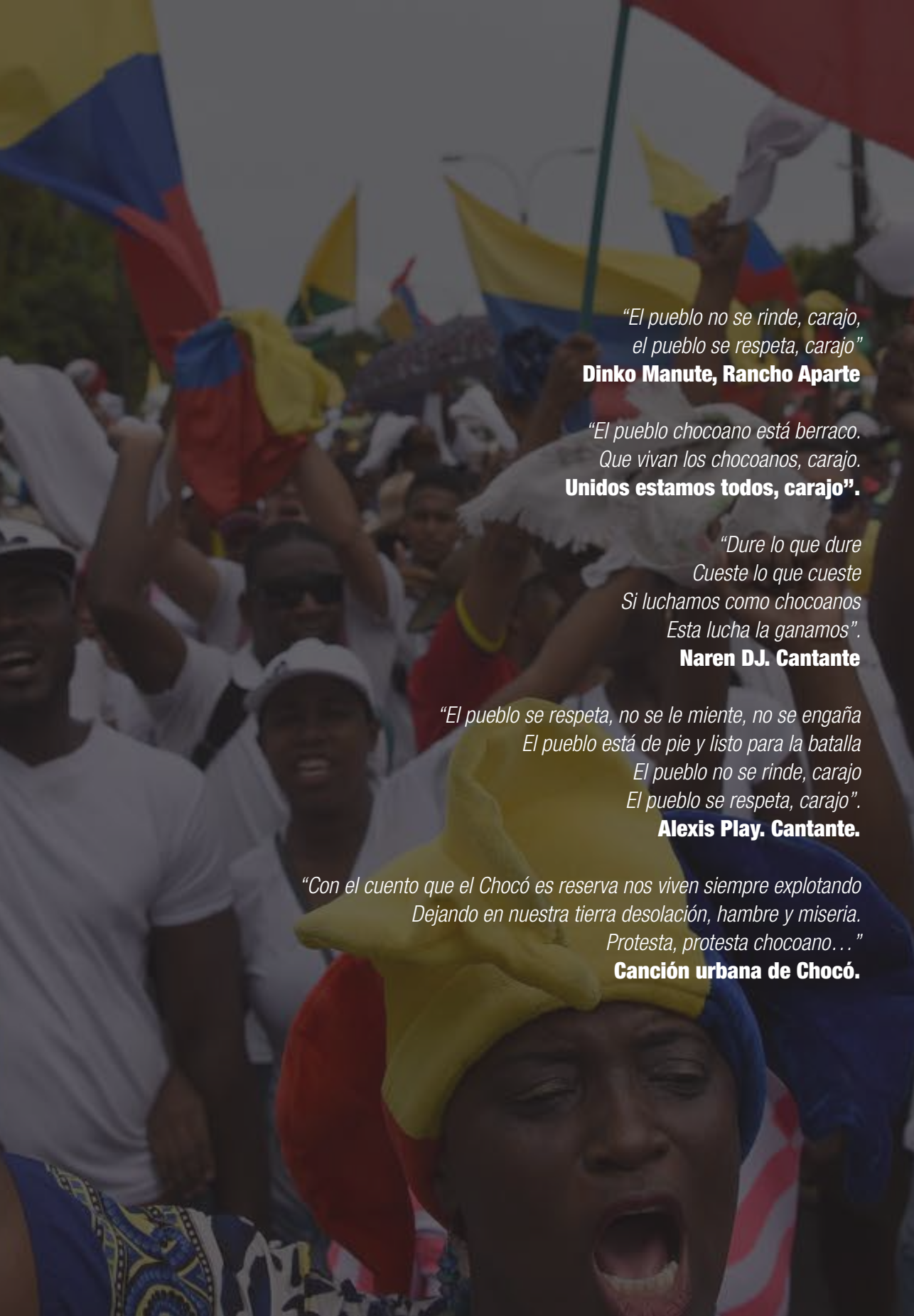
Voces presentes: Agradecimientos

Este relato fue construido con decenas de voces construidos como una sola narración, a partir de los testimonios, las entrevistas directas, la información publicada o expresada en entrevistas o públicamente a través de medios de comunicación a los miembros del Comité del Paro Cívico de Buenaventura y personas que acompañaron el proceso como José Hernán Valencia, Nicolás Rodríguez, Javier Torres, Carlos Julio Ramírez, Víctor Hugo Vidal, Narcilio Rosero, Humberto Hurtado, Miyela Riascos, Gersaín Díaz, Judith Segura, Henry Hercilio Tovar, Miller Mejía, el presbítero John Reina, el obispo Héctor Epalza Quintero, Berenice Celeita, Isaías Cifuentes, senador Alexander López, Javier Torres, Tony Riascos, Karolina Guerrero, Diana Lara, Leonard Rentería, Dilon Martínez, Jessymar Álvarez, Ana Julia Hidalgo, Jorge Salgado, Mayra Maturana, Yubert Moreno, Jackson Ramírez, Eddi Xavier Bermúdez Marcelin, Leonard Rentería, y muy especialmente a Álvaro Arroyo y Ana María Blandón, por su absoluta colaboración, así como a los líderes del Comité Cívico por la Dignidad y la Salvación del Chocó.

Entre los medios consultados se encuentran el diario El País, La Radio del Sur, Telesur, la página del Comité del Paro Cívico de Buenaventura, SoydeBuenaventura.com, Telepacífico, Notibum, hsbnoticias, CaracolTV, Telemar, Despierta Buenaventura, Noticiero Más Noticias, lainformacion.com, quehacebuenaventura, Noticiero 90 Minutos, youtube, gilmer ibarguen, buenaventura.gov.co, Lloró Estéreo, El Nuevo Siglo, RTV Televisión Chocó, Made in Chocó, Colombiaplural.com, joanpa.com, BuenaventuraenLínea.com, Notisarcasmo, El Espectador, RCN Radio, Noticiero de Buenaventura, El Murcy, TV Yo y La Comunidad Buenaventura, Enamórate del Chocó, Anonymus Buenaventura, Consolata.org, La FM, Verdadabierta.com y El Tiempo.

Este relato es un ejercicio de memoria inicial promovido por la Corporación Manos Visibles con el apoyo de la Fundación Ford, sobre las movilizaciones sociales alrededor de los paros cívicos de Quibdó y Buenaventura con testimonios de lo vivido en mayo y junio de 2017.

Escrito por Enrique Patiño y editado por Paula Moreno.



*“El pueblo no se rinde, carajo,
el pueblo se respeta, carajo”*

Dinko Manute, Rancho Aparte

*“El pueblo chocoano está berraco.
Que vivan los chocoanos, carajo.*

Unidos estamos todos, carajo”.

“Dure lo que dure

Cueste lo que cueste

Si luchamos como chocoanos

Esta lucha la ganamos”.

Naren DJ. Cantante

“El pueblo se respeta, no se le miente, no se engaña

El pueblo está de pie y listo para la batalla

El pueblo no se rinde, carajo

El pueblo se respeta, carajo”.

Alexis Play. Cantante.

“Con el cuento que el Chocó es reserva nos viven siempre explotando

Dejando en nuestra tierra desolación, hambre y miseria.

Protesta, protesta chocoano...”

Canción urbana de Chocó.

CHOCÓ ANTES DEL PARO

Brevísima reseña del olvido

1967. primer paro cívico del Chocó.

Tan solo veinte años atrás, el 3 de noviembre de 1947, nos habíamos convertido en un departamento más de Colombia. Semejante noticia la habíamos celebrado en las calles a ritmo de chirimía. Nos colmó entonces la dicha de dejar de ser una intendencia secundaria y vista de reojo por el poder central, a pasar a ser un departamento con todos los entes del poder en nuestro territorio. Pero la emoción nos duró poco: en la realidad eso nos trajo dos problemas mayores: la burocracia aumentó y el olvido se hizo mayor.

En 1967, a duras penas habíamos conseguido que se les diera educación a las mujeres chocoanas, así como el fomento de la educación secundaria. Poco menos que lo básico. El país sufría todavía los estragos de la Violencia y lo único que habíamos logrado como sociedad civil lo había logrado por su propia cuenta en 1954 el reportero del diario El Espectador, Primo Guerrero, quien se inventó manifestaciones y protestas multitudinarias para evitar nuestra desmembración entre los departamentos vecinos de Caldas, Valle y Antioquia. Él dijo que estábamos unidos, cuando no era cierto, y transmitió la información por telegramas a los medios nacionales. Así logró salvar el departamento, una idea que reforzó el mismo Gabriel García Márquez cuando llegó como reportero, se dio cuenta de la realidad y en vez de denunciarla ayudó a sacar gente a la plaza para tomarles fotos y hacer parecer que la protesta era real. Pero de ahí salió algo serio: el Comité Nacional de Acción Chocoana, la primera organización cívica de nuestro departamento.

En 1966, el peor incendio de nuestra historia destruyó casi todo el centro y el sector comercial de la carrera Primera. Un año después, las promesas del Gobierno de respuesta ante la calamidad no se habían cumplido, y la energía que abastecía al departamento seguía siendo producida por una maquinaria impulsada por leña. Tampoco había agua, como siempre. El 22 de agosto, estudiantes del colegio Instituto Integrado Carrasquilla Industrial y del Colegio Normal para Varones nos tomamos por primera vez las calles. No aguantamos más. Nuestra primera movilización reivindicaba dos derechos: agua y luz.

No se trataba de un paro organizado por un comité cívico. Tampoco levantamos un pliego de peticiones. Se nos unió el comercio, pero no todos los sectores. Bloqueamos el aeropuerto de Quibdó, terminamos saqueando la casa del gobernador y fuimos víctimas de la infiltración de extremistas que convirtieron la protesta en una manifestación política. El Estado reaccionó con una dura represión militar. Tres personas fueron asesinadas por las fuerzas estatales por exigir servicios públicos y mejores condiciones de vida. Quibdó fue militarizada. Más de un centenar de personas fueron heridas y encarceladas.

1987. Segundo paro cívico del Chocó.

Veinte años después del primer paro cívico con final violento y cuarenta después del nacimiento del departamento, nada había cambiado. Nos sentíamos abandonados por el Estado.

Esta vez, nuestras peticiones fueron mayores. La escasez y falta de oportunidades para nosotros se nos habían vuelto ya insostenibles. Además de agua y luz, le pedíamos al Gobierno central servicios públicos básicos, porque no teníamos ninguno; salud pública, que era inexistente; infraestructura, como el puente de Yuto, entre muchas otras, porque estábamos aislados; una planta telefónica, ya que no teníamos sino 500 líneas para 150 mil habitantes y ningún teléfono público; la construcción de un nuevo acueducto y la ampliación de las redes de alcantarillado en Quibdó, nuestra petición de siempre, debido a que ese servicio apenas les llegaba a 15.000 de nuestras 150 mil personas; además de obras para contar con una sede del Sena y una ciudadela universitaria.

Liderado por el Comité Pro Paro Cívico Departamental, esta protesta sí contó con el respaldo de todos los sectores, incluida la Iglesia, y del Concejo Municipal. El 26 de mayo iniciamos la protesta. La respuesta del Gobierno fue, una vez más, la represión. Hicimos caso omiso al toque de queda, y eso resultó en la muerte de uno de los nuestros. Nos volcamos a protestar en masa. La gobernadora Eva María Álvarez escapó escoltada por el Gobierno cuando se le exigió que mediara. El país se enteró y se unió por el Chocó con protestas en varias ciudades de Colombia. Ante la situación, el consejero presidencial Carlos Ossa Escobar fue enviado por el presidente Barco para celebrar la firma del Pacto Social entre Colombia y el Chocó. El 30 de mayo terminó la protesta con nuestros objetivos cumplidos. Sobre todo, con el más grande: tras siglos de silencio y aceptación, todos nos habíamos unido por fin en 19 municipios del departamento y desde todos los sectores. Por fin entendimos que juntos podíamos hacernos fuertes.

2000. Tercer paro cívico del Chocó.

Buena parte de las peticiones de 1987 se habían cumplido, pero muchas de las cruciales seguían sin consolidarse trece años después. Así que volvimos a las calles a protestar y a exigirle al Gobierno nacional el cumplimiento de sus compromisos, en especial en temas de vías, salud y redes eléctricas. Seguíamos siendo un departamento olvidado, y necesitábamos recuperar ese ímpetu de 1987 para volver a exigir nuestros derechos. El día 20 de junio comenzamos el paro que terminaría el 25 del mismo mes con la firma del acuerdo entre el Gobierno y nuestro Comité del Paro Cívico por la Salvación y Dignidad del Chocó, integrado por estudiantes, comerciantes, medios de comunicación, docentes y clérigos de la Iglesia.

El acuerdo de ese año constó de 29 puntos en los que el Gobierno nacional se comprometió a aunar esfuerzos para conseguir los recursos que mejorarían nuestras condiciones de vida. Ese año, la consigna fue "El pueblo no aguanta más". Así era, no aguantábamos más. Y por eso aquella vez nos organizamos mucho mejor, definimos bien nuestros objetivos, elaboramos las peticiones con total

claridad apoyados desde todos los sectores y creamos un comité de seguimiento para ver si por fin esta vez nos cumplían. Muchos se dieron, pero no todos con la intensidad y compromiso que necesitábamos.

Lo importante era que como sociedad cada vez estábamos más preparados y unidos.

2004. Cuarto paro cívico del Chocó.

Desde 1915, poco después de la separación de Panamá de Colombia, ya se había decretado la construcción de la Vía al Mar en nuestro departamento. En 1916, 1942, 1959, 1969 se promulgaron leyes para ordenar su construcción, pero llegamos a 2004 sin que el proyecto que abriría nuestro departamento al turismo y a nuestros propios recursos marítimos se hubiera ejecutado.

Ese año, en marzo, supuestamente se había destinado el presupuesto necesario para construir la vía. Pero en octubre fue evidente que el Gobierno incumpliría su pacto una vez más.

El 21 de octubre salimos a las calles a protestar por ese incumplimiento, pero la participación no fue masiva. El presidente Uribe no envió representantes a negociar y apenas obtuvimos como respuesta un comunicado genérico en el que el Gobierno se comprometía a seguir gestionando los recursos. Aquella vez perdimos una oportunidad y nuestros habitantes volvieron a distanciarse de la posibilidad de protestar. Nos volvió a dominar la apatía y pasarían, desde ese momento, trece años hasta que volvimos a tener la fuerza y el dolor vivos para protestar por nuestros derechos y decirle al país y al Gobierno nacional que estábamos berracos por su olvido y su falta de cumplimiento.

Después vendrían movilizaciones por temas como el paro minero, entre otros, pero sobretodo en 2016, se realizó una movilización mayor en agosto, con más de 200 puntos acordados con el gobierno.



Ese año, en marzo, supuestamente se había destinado el presupuesto necesario para construir la vía. Pero en octubre fue evidente que el Gobierno incumpliría su pacto una vez más.

El 21 de octubre salimos a las calles a protestar por ese incumplimiento, pero la participación no fue masiva. El presidente Uribe no envió representantes a negociar y apenas obtuvimos como respuesta un comunicado genérico en el que el Gobierno se comprometía a seguir gestionando los recursos. Aquella vez perdimos una oportunidad y nuestros habitantes volvieron a distanciarse de la posibilidad de protestar. Nos volvió a dominar la apatía y pasarían, desde ese momento, trece años hasta que volvimos a tener la fuerza y el dolor vivos para protestar por nuestros derechos y decirle al país y al Gobierno nacional que estábamos berracos por su olvido y su falta de cumplimiento.

Después vendrían movilizaciones por temas como el paro minero, entre otros, pero sobretodo en 2016, se realizó una movilización mayor en agosto, con más de 200 puntos acordados con el gobierno.

DURANTE EL PARO

“Esta lucha la ganamos, cueste lo que cueste. El pueblo no se rinde, carajo”, cantábamos en las calles de Quibdó, a ritmo de chirimía y resonaba en la voz potente de Dinko Manute, líder de la agrupación Rancho Aparte, así como todos los artistas chocoanos que se tomaron las calles y generaron varios coros, que reivindicaron la conciencia, la dignidad y resonaba el sentido de un pueblo que no se dejaba ignorar ni desdibujar. Nuestra frase la asumirían días después en Buenaventura como suya; el Pacífico como suya; todos los olvidados y aquellos que olvidan como una consigna, como nuestro canto de rabia y unión.

10 de mayo. Día 1

¡Estamos berracos, carajo!

—¿Cómo estamos?

Era una pregunta con respuesta obvia. Una contestación sentida y dolida. La preguntamos el primer día, con megáfono en la mano, al lado de la Catedral de Quibdó y frente al malecón, con el río Atrato en frente nuestro, para iniciar nuestras protestas por el olvido histórico del Estado a nuestro departamento. Nos la preguntamos los chocoanos para responderla nosotros mismos, los olvidados.

—¿Cómo estamos?

—*Berracos, berracos* —contestamos los asistentes al unísono. Éramos 5.000 personas gritando. Y sí, estábamos furiosos. Muy enojados. Así que seguimos contestando y, a la vez, cantando, porque nuestra protesta era, a la vez, un canto.



—¿Cómo estamos? Berracos, berracos.

Muy enojados, sí señores. No nos han cumplido. En 2016 pactamos algo y ahora nos ofrecían apenas el 45 por ciento de lo firmado, lo que significaría que el Gobierno, solo en materia de vías, pavimentaría 35 kilómetros de acá al año 2022: algo inaceptable, una afrenta, una burla al Chocó. El Chocó estaba indignado.

Vivimos una catástrofe social. La pobreza, el desempleo, la mortalidad, la desesperanza, crecen en todos los rincones. Somos el departamento más pobre del país. Necesitamos un hospital del tercer nivel, hospitales para sus subregiones, la interconexión de los municipios, el acueducto de Quibdó, la financiación de proyectos productivos, respeto a los medios de comunicación. El Chocó no acepta más engaños.

Por eso, cuando sonó el himno del Chocó que resuena, en sus primeras estrofas, “¡Viva la libertad!”, lo gritamos al unísono. Luego hablamos.

“Nosotros siempre hemos sido discriminados y marginados”. El origen de la protesta era, a la vez, histórico e inmediato: nunca se le había prestado atención al departamento pero había un precedente mayor: de los acuerdos alcanzados en el anterior paro cívico, ninguno de los puntos pactados se había cumplido.

Eso pedíamos: cumplimiento. En agosto de 2016 el Chocó entero se había ido a paro, y lo prometido y firmado no se había cumplido, así que la indignación había crecido y alcanzado un nivel de resentimiento. “Pedimos el mejoramiento de las vías, un hospital de tercer nivel, agua potable para los municipios y cambiar el encargado de administrar la energía eléctrica”, fue, en pocas palabras, el clamor de todo un pueblo.

Así, con furia, comenzamos nuestro paro cívico. Pero también, además de la indignación, nos unía la alegría. Iniciamos con una fiesta ese dolor porque los cantos son nuestra manera de sacar de adentro la desesperanza. En principio, nos unimos todos para marchar y parar pacíficamente por dos días. Pero, como ya lo planteaba Buenaventura o acababa de hacer Tumaco, estábamos decididos a extendernos si no nos respondían.

—Chocoano que no protesta es chocoano sin vergüenza —gritábamos en las calles. Éramos pocos ese día. Había ganado la apatía. Mientras en Juradó los manifestantes se tomaron las instalaciones de la empresa de energía, ante el apagón inminente por la deuda de 14.000 millones de pesos del Estado colombiano, y en Istmina 5.000 manifestantes salieron a las calles, en la capital fuimos menos de lo previsto.

Nuestro movimiento del paro cívico, organizado por nuestra población chocoana, planteó ser desde ese primer día una estrategia de reivindicación de los derechos de nuestra gente, en temas como las vías que unen a Chocó con Antioquia y Risaralda, los temas de salud y la recuperación del territorio de Belén de Bajirá.

Éramos, desde ese primer momento, todos los chocoanos una sola voz, a la que se unieron las voces del Valle, Nariño y el Cauca a través del litoral Pacífico. En nuestro caso, agrupados a través de las organizaciones sindicales, las juntas de acción comunal, la UTCH, la UMACH, los trabajadores del sector de la salud, las comunidades de base social y la Diócesis. Todas las etnias, todos los intereses, todas las personas, puestas al servicio de la misma causa común: hacernos oír. Porque estábamos berracos. Aunque fuéramos pocos en las calles el primer día, el clamor era de todos.

El pueblo está en la calle.

11 de mayo. Día 2

¡El pueblo está cansado, carajo!

Durante el segundo día de marchas en Quibdó, buscamos presionar al Gobierno para que cumpliera el acuerdo de 2016. Diez puntos, que contenían cerca de 200 peticiones, nos obligaban al paro cívico:

1. Vías (vía al mar, vía hacia Pereira, vía hacia Medellín, red terciaria, ríos –incluida su limpieza–, esteros marítimos, movilidad en general y aeropuertos).

2. Salud. El único centro de atención digno permanece en estado agónico en procura de liquidación; los demás centros de salud sobreviven sin pago a trabajadores, con ausencia de insumos y afectado por la corrupción.

3. Defensa del territorio, afectado por el tema de Belén de Bajirá. Fue necesario incluir el punto para que el Gobierno, desde el debido proceso, respetara el territorio.

4. Educación y cultura: saneamiento fiscal; inversión en infraestructura, en educación superior, en la cultura; elaboración del Plan de Cultura Departamental; rescate del teatro, proyección de las potencialidades y el talento.

5. Autonomía administrativa del departamento para que deje de ser administrado desde ciudades como Pereira, Cali o Medellín.

6. Servicios públicos, en especial agua potable y acueducto.

7. Productividad y empleo. Con nuestra riqueza natural, es el primero en desempleo a nivel nacional. Reclamación a nivel de turismo, desarrollo agrícola y minería. Transformación de materias primas.

8. Deporte y recreación. 51 mil millones de pesos estaban a punto de perderse en Fonade. Planteamos el apoyo a cien deportistas de alto rendimiento, además de la construcción de una villa olímpica y escenarios.

9. Comunicaciones: legalización de emisoras; espectro electromagnético; canales a nivel local; acceso a la televisión digital y mejoramiento de la señal de Internet para los establecimientos educativos.

10. Flexibilización de políticas públicas en juventud, derechos humanos e inclusión.

El comercio, en su totalidad, siguió cerrado. El 90 por ciento del transporte intermunicipal dejó de

funcionar. Solo permaneció abierto el salón social Nuevo Diálogo, que tradicionalmente abrimos durante las marchas para proveer de agua a los manifestantes, en el parque del Centenario, a orillas del Atrato, desde donde partió la movilización. Nuestra marcha no tuvo disturbios. Lo que sí hubo fue quema de llantas en varios puntos del recorrido, y algunos desórdenes frente al Aeropuerto El Caraño de Quibdó.

El Comité Cívico por la Dignidad y Salvación del Chocó, seguía esperando una comisión asignada por el vicepresidente de la República para iniciar los diálogos. La persona designada para establecerlos con nuestras comunidades era el gerente del Plan Todos Somos Pacífico, quien no contaba con nuestro respaldo por ser uno de los funcionarios que más le había incumplido al departamento. Nos quedamos a la espera.

¡El pueblo tiene hambre, carajo!



12, 13, 14 y 16 de mayo. Día 3, 4, 5 y 6

¡El Gobierno debe cumplirnos, carajo!

Después de dos días de parálisis, el comercio y el transporte volvieron a prestar sus servicios. La idea era continuar con nuestro paro cívico pero permitir que los negocios y los vehículos de transporte público trabajaran con normalidad hasta el domingo.

Fue un fin de semana de normalización de actividades laborales, pero al mismo tiempo realizamos una concentración en el parque Centenario, donde realizamos actos culturales, almuerzos comunitarios y trabajamos en la organización de la gran movilización que tendría lugar el lunes, al que llamamos el 'Día D, por Dignidad.

Desde el Comité Cívico por la Dignidad del Chocó hablamos con el sector minero y con los municipios para que ese día asistieran personas de todos los corregimientos del departamento y se diera una marcha multitudinaria.

En estos días se dieron los primeros diálogos con los voceros del Gobierno Nacional. Nuestra respuesta, después de escucharlos, y desde el Comité Cívico por la Salvación y la Dignidad de Chocó, fue mantener el paro cívico.

Desde el tema de vías no hubo acuerdo. No aceptamos la propuesta de 339.000 millones de pesos para el mejoramiento de las vías Quibdó-Pereira y Quibdó-Medellín, que se diferiría hasta 2021.

El problema era que, además de la dilación, en 2016 habíamos firmado un acuerdo en el que el Gobierno se comprometía a desembolsar 720.000 millones. Ahora nos ofrecían mucho menos. Y dilatados en el tiempo.

También discutimos sobre los acuerdos pactados. El Gobierno insistió en que superaban el 25 por ciento y nosotros, en que no alcanzaban el 5 por ciento de lo pactado en agosto de 2016.

Y eso que seguían pendientes temas “como la construcción del hospital de tercer nivel en Quibdó y tres hospitales de segundo nivel en las subregiones del departamento, la regulación de los servicios públicos, las tarifas públicas, el tema de Belén de Bajirá y el acueducto de Quibdó –que fue inaugurado por el presidente de la República, quien le dijo al país que estaba en servicio en un 95 por ciento, algo que no era cierto”, recordó ese día nuestro líder Dilon Martínez.

Ese día iniciamos la marcha con una concentración en el parque Manuel Mosquera Garcés, siguiendo por la carrera primera hasta el Palacio de Justicia, y luego de recorrer varios barrios llegamos al Parque Centenario. Los mineros y la mesa indígena se unieron a la protesta pacífica. Pero muchos funcionarios se negaron a participar. La división y la apatía no nos permitieron ser fuertes. El comercio prefirió abrir las puertas. Así, era poco lo que podíamos lograr.



¡Ya no más engaños, carajo!

16 de mayo. Día 7

¡Lo nuestro no da espera, carajo!

Con el inicio del paro de Buenaventura, nos sentimos respaldados y continuamos las charlas, armados con cánticos y las banderas de nuestro departamento. Se instalaron las comisiones de trabajo y los voceros del comité cívico. Quedó en claro que la jornada de protesta pacífica sería indefinida y que las movilizaciones continuarán en varios municipios del departamento, principalmente en Quibdó, hasta que el Gobierno central escuchara las peticiones y se lograra un acuerdo entre las partes.

“El único mecanismo que tenemos para hacernos escuchar es el paro”, concluyó Martínez, que celebró la unión, por fin, de todos los chocoanos para hacer valer la protesta. La presencia de la Policía y el uso de la fuerza fue un detonante. “No provoquen al pueblo”, les gritaban los chocoanos. Pero la quema de llantas y algunas agresiones y presencia del Esmad, que terminaron con cinco heridos y varios choques con la fuerza pública hicieron que el ambiente se caldeara y todos resolvieran unirse para avanzar.

Otra motivación unió a la gente: las declaraciones de un comerciante de Quibdó quien atacó por sus redes sociales el paro y añadió comentarios racistas. La indignación del pueblo cohesionó a los divididos, y obligó a los comerciantes a unirse, luego de que se vieran acusados de ser ellos los que obstaculizaban la mejora de las vías para quedarse con el control de los servicios.

El hecho recordó las declaraciones de la ex gobernadora del Chocó, Eva María Álvarez de Collazos, quien manifestó en 1987 durante el primer paro cívico a un medio nacional que era “una revuelta de

negros con tinte folclórico”, unas palabras que generaron una fuerte reacción de la comunidad.

¡Al Chocó se le respeta, carajo!



17 y 18 de mayo. Días 8 y 9

¡Es hora de que cumplan, carajo!

No hubo acuerdos. La indignación creció con el viaje del presidente a Estados Unidos y su falta de compromiso con el Chocó. Las manifestaciones crecieron. Salimos a la calle a cantar con bombos y cununos y a marchar “Esta lucha la ganamos, cueste lo que cueste. El pueblo está berraco, carajo”, una frase que asumiría dos días después Buenaventura como suya, el Pacífico como suya, todos los olvidados como nuestra.

Una vez más, con el Gobierno no llegamos a un entendimiento. Sin embargo, reconocimos las propuestas, el ejercicio de plantear soluciones, pero insistimos en que no se trataba de lograr una negociación nueva, sino de cumplir lo acordado. Que no teníamos nada nuevo que proponer, sino simplemente exigir que lo prometido fuera cierto.

El Estado y su deuda histórica con el departamento del Chocó nos obligaron a quedarnos firmes en nuestra intención de no dar un paso atrás. “No tenemos vías, ni salud, y nos estamos muriendo por eso”, insistimos, y logramos que la gente dejara de querer irse para su lado sin considerar el paro como algo suyo y se unieran, por fin. Nos jugábamos la dignidad como pueblo. Y eso nos implicaba no ceder. No dejarnos quitar ni un metro más, ni un peso más: ni en los límites de Belén de Bajirá, ni en las arcas de lo que nos correspondía como pueblo.

¡Salgamos a las calles, carajo!

19, 20 de mayo. Día 10 y 11

¡Unidos somos fuertes, carajo!

Luego de diez horas continuas de negociaciones en Comfachocó, ni el Comité ni el Gobierno lograron ningún acuerdo, pese a que varios ministros fueron enviados a Quibdó para tratar de conjurar las protestas. Por eso, nuestras organizaciones sociales y comités mantuvieron firme el paro cívico.

Ese viernes 19, ante los desmanes y disturbios en Buenaventura, permanecimos apostados, oyendo las noticias por radio, conectados con ellos. Si los porteños lograban sortear la situación, habría opción para seguir adelante y ser escuchados. Todos estábamos unidos. Rogábamos para que salieran de ese momento de dolor y angustia.

El 20, supimos que habían sorteado la situación. Y que eran miles los que se alzaban contra la violencia en las calles. Que ahora no eran un puñado, sino miles los que avanzaban por las calles con decisión, dispuestos a enfrentarse al Gobierno por su dignidad. Su lucha era la nuestra, y eso nos dio más fuerzas y bríos.

Por fin el comercio permaneció cerrado. El transporte tampoco circuló. Y los ríos de habitantes que salimos a las calles aumentaron. Celebramos marchas, plantones y actividades culturales, con la chirimía de fondo y los bailes como centro de nuestra fiesta cívica. La fuerza cultural del departamento se había tomado la fuerza espiritual del Paro, en la plaza los jóvenes danzando, la gente se pintaba la cara de colores, obras de teatro y la música reiteraba el sentido de la dignidad, y de un pueblo que ahora se unía con más fuerza ante el olvido, ante lo injusto y ante la indiferencia.

¡Ya no nos roben más, carajo!

21 y 22 de mayo. Día 12 y 13

¡Exigimos educación, carajo!

Mientras celebrábamos el Día de nuestra afrocolombianidad, los dirigentes del paro cívico y representantes del Gobierno local llevamos a cabo un encuentro en el que se analizaron los escenarios del nuevo diálogo con el Gobierno nacional. No hubo avances mayores en los temas álgidos.

En la calle, la fiesta siguió y celebramos una vez más nuestro folclor y nuestra cultura sin dejar de marchar y de defender nuestra bandera. La Policía había accedido a nuestros reclamos de no intervenir en las protestas pacíficas para poder continuar los diálogos.

El lunes, 300 comunidades indígenas llegamos a la capital chocoana para manifestar su nuestro descontento y exigir la construcción de hospitales en cuatro municipios. Todos nos unimos en una

misma voz para exigir que el Gobierno garantizara la seguridad, educación y salud en todos los resguardos. Un Choco indígena y negro estaba presente, que gritaba en conjunto “el pueblo no se rinde, carajo”, negros e indígenas marchábamos con la seguridad de nuestra cultura, ancestralidad y diferencia, y con una seguridad la de nuestra guardia indígena, esa era la única fuerza pública que aceptábamos.

Lino Membora, coordinador de la Mesa Indígena de Chocó, confirmó que eran ya más de 600 líderes indígenas de diferentes municipios del Chocó que se hacían presentes en Quibdó para apoyar el paro. “Más de cuatro mil personas se han tenido que desplazar este año en el departamento por los combates entre el ELN y el Clan del Golfo”, recordó. En nuestro pliego de peticiones indígenas, nuestra prioridad eran los hospitales de segundo nivel en Itsmina, San Juan, Bahía Solano y Riosucio.

Además, la intervención del Gobierno para erradicar las minas antipersona en los alrededores de los resguardos. 170 guardas indígenas y la Confederación de Mineros estaban en pleno en las protestas. Cada día éramos más.

¡Exigimos hospitales, carajo!



23 y 24 de mayo. Día 14 y 15

¡Exigimos buenas vías, carajo!

Soluciones definitivas, ninguna. Mientras Buenaventura alzaba la voz con fuerza y su impulso nos motivaba y el nuestro a ellos, nosotros ya comenzábamos a sentir el tradicional desgaste de que no nos respondieran las peticiones. La historia repetida de siempre. Pero sentíamos que no estábamos lejos: el Gobierno avanzó en el tema crucial de Belén de Bajirá y en la atención de salud tras nueve horas de diálogo el martes. También subió el monto para el tema de las vías, al anunciar \$400.000 millones, pero no aceptamos. Faltaba definir cómo financiar el resto. No era lo que habíamos pactado en los acuerdos previos.

Estábamos cansados de viajar por vías de muerte y lugares donde siempre hay derrumbes. O que la falta de vías haga que una libra de arroz valga \$3.000 o 300 ml de aceite valgan \$14.000 en algunos municipios porque llevarlos sale demasiado caro. Cansados de ser territorio de la guerra, víctimas de los paras, la guerrilla, las empresas extractoras y el Estado mismo.

El miércoles 24 hicimos una nueva marcha y continuamos firmes en la intención de no levantar el paro ni ceder ante los comerciantes. Estábamos cerca de lograr el cumplimiento del acuerdo de 2016. Solo teníamos que resistir otro poco más. Cada día las mujeres, los artistas y los diferentes sectores, nos volcamos a la calle para seguir diciendo, que era lo mínimo, lo justo.

¡Es hora de que escuchen, carajo!



25 y 26 de mayo. Día 16 y 17

¡Al Chocó no se le roba, carajo!

Salimos con tapas, pitos, ollas y con nuestros cánticos y alegría intactos, así como con nuestra cada vez mayor indignación, a manifestarnos en las calles por el tema de la educación. No podíamos quedarnos callados ante eso: tan solo en el caso del colegio Mía, un megacolegio ubicado en el centro, no teníamos ni siquiera la obra finalizada. En su primera etapa había tenido un costo aproximado a los 22.000 millones de pesos, pero la segunda parte, que debió entregarse en septiembre de 2015, nunca se ejecutó.

Y para nosotros, los chocoanos, la educación es la única forma de acabar con esta injusticia de siglos y el olvido que no termina. Si nos preparamos, salimos adelante. Si nos cierran las puertas, nos cierran el cambio.

Tanto había crecido la indignación, que en Juradó algunos salimos a la marcha con banderas panameñas y la consigna de que si no atendían nuestras demandas, pediríamos un desesperado cambio de país. Las redes sociales, en ese punto, se habían contagiado de las protestas. Puerta a puerta, voz a voz, en medios, periódicos y redes sociales enamoramos a la gente a unirse. “El pueblo no se rinde, carajo, el pueblo está berraco, carajo”, fue nuestro cántico y nuestro grito de lucha.

El 26 de mayo, justamente, celebramos 30 años del paro cívico departamental más fuerte que recordamos en la historia del Chocó. Entonces reclamamos lo mismo que ahora: vías hacia el interior del país, salud, educación y saneamiento básico.

Esa mañana de 1987 cayó un martes y dimos inicio al paro cívico departamental, convocado por nuestra sociedad civil cansada del abandono estatal y del atraso sistemático de todos nosotros. Salimos miles de chocoanos a protestar por los manejos administrativos de los recursos, por un acueducto, por la falta de hospitales y centros de salud, por el mal estado de las vías, entre otras. Las mismas necesidades. Las mismas peticiones.

También entonces se realizaron manifestaciones culturales, danzas y chirimía, poesía, prosas y arengas, un modelo de protesta y celebración que se implantó en los genes del pueblo chocono desde entonces.

Alfonso Prada, secretario general de la Presidencia, llegó con un nuevo pliego y dijo que el Gobierno haría esa tarde todo lo posible para cumplir la palabra empeñada en un pasado acuerdo. El fin del paro cívico parece cercano.

¡El pueblo está unido, carajo!



27 de mayo. Día 18

¡Todos juntos hasta el final, carajo!

Después de 18 días de paro cívico en el Chocó el Comité Cívico que promovió la protesta y la comisión del Gobierno Nacional, encabezada por Alfonso Prada, secretario general de la Presidencia de la República, llegamos un acuerdo para levantarlo.

El Gobierno se comprometió a invertir, inicialmente, 440 mil millones de pesos en la pavimentación de las vías Quibdó-Pereira y Quibdó-Medellín hasta 2022. Los recursos restantes para la culminación de ambas vías —estimados en \$ 280.000 millones de pesos— serán priorizados en la elaboración del marco fiscal de mediano plazo de la vigencia de 2018.

El Gobierno, además, aceptó definir la situación de Belén de Bajirá, el territorio de 2.500 kilómetros y 16.000 habitantes que llevaba más de 15 años siendo disputado entre Antioquia y Chocó. Poco después, el Igac dirimió técnicamente la disputa a favor de los chococanos.

También logramos la inversión de 84.726 mil millones de pesos en los diseños, interventoría, construcción y dotación del nuevo hospital de tercer nivel, además del saneamiento y dotación del

San Francisco, y la construcción de hospitales de mediana complejidad en Riosucio, Itzmina y la adecuación del hospital de Bahía Solano.

La educación se priorizó porque es el motor para el desarrollo de la sociedad. Cambiaremos de una estructura educativa a una etnoeducativa, teniendo en cuenta el plan de acción de Las Américas y los dictámenes comprendidos en la ley 70 del 93. Llegamos a acuerdos para mejorar la infraestructura en educación, saneamiento fiscal e institucional.

Nosotros nos comprometimos a reactivar las mesas temáticas y a volver al paro si no se cumplía el cronograma firmado por el Gobierno. Ya tenemos en claro lo que es el incumplimiento: siete periodos presidenciales, cinco presidentes distintos y aún no nos han cumplido. Seguiremos parando, cantando y continuaremos berracos hasta que esta lucha histórica la ganemos y las necesidades básicas dejen de ser un ruego para convertirse en una realidad.

¡El pueblo está berraco, carajo!





‘No más burlas a nuestra gente: Dilon Martínez, Comité cívico por la Dignidad y Salvación del Chocó El hombre detrás de la protesta, en tres preguntas

¿Por qué era crucial irse al paro cívico?

Las cosas que se pueden demostrar no se discuten. Estamos en una situación deprimente; vivimos en un departamento que no tiene resuelto nada, ni acueductos, ni su alcantarillado ni su estructura educativa, que es del siglo 19. A eso se le suma el tema de la conexión vial con el resto del país que nos lleva a sufrir accidentes permanentes. Con esa deuda histórica acumulada empezamos, en 2016, un 18 de mayo, a convocar a la gente para unimos en las peticiones y necesidades y hacer un único reclamo unificado al Gobierno. Arrancamos con un Cabildo y el 20 de julio de 2016 hicimos nuestra primera gran movilización. Hablamos esa vez del Grito por la Dignidad del Chocó. Fue una marcha multitudinaria que sirvió de abre bocas al paro cívico que comenzó el 17 de agosto y terminó el 24 del mismo mes.

Ahora, volvimos al paro porque el Gobierno incumplió sus acuerdos. No había voluntad para cumplirnos. El Presidente venía y no cumplía. Pretendieron desconocernos. Eso nos llevó a ponernos la fecha del 10 de mayo para obtener respuesta o si no, haríamos un nuevo paro. Previo al 10 de mayo llegaron comisiones a través del vicepresidente. Pero sin soluciones. Nos tocó irnos de nuevo al paro, esta vez con más rabia e indignación, porque no es posible burlarse de la gente cuando ya existe un acuerdo histórico.

¿Qué se logró de más esta vez?

Vimos que el Gobierno nos tomó más en serio. Logramos la firma de un documento unilateral (no un nuevo acuerdo, porque o si no habríamos hundido el anterior) y la entrega de 727 mil millones, que se harán en dos contados, el primero por 440 mil millones, que ya fueron aprobados, para la construcción de vías. Y próximamente saldrían las respectivas licitaciones, a mediados de septiembre, para el dinero pendiente.

También se anunciaron 30 mil millones de pesos para la construcción del hospital de tercer nivel de Quibdó, y asumieron el pasivo de 30 mil millones del hospital actual, además de la construcción de otros de mediano nivel en Riosucio, Istmina y Bahía Solano. Y se logró que el Gobierno determinara que Belén de Bajirá sí es del departamento del Chocó.

¿Cómo seguir avanzando y unir ahora a la comunidad?

Tenemos por delante avanzar en las mesas de trabajos con representantes de cada uno de los puntos que discutimos y con funcionarios de alto nivel. Vamos a seguir avanzando y trabajando con la Iglesia, los indígenas, la juventud y los estudiantes en cada uno de sus temas. Con los comerciantes ya quedó claro que su compromiso permitió conseguir que nos validara el Gobierno. Si no se hubieran unido, habría sido muy difícil lograr algo. En realidad, todo el mundo se unió, desde el Comité, que moviliza a más de cien organizaciones, hasta las entidades públicas y la Iglesia, así como las iglesias cristianas. Si siempre nos unimos, lograremos cambiar a nuestro departamento.

*“En la costa del Pacífico hay un pueblo que lo llevamos
en el alma, se nos pegaron y con otros lo comparamos,
allá hay cariño, ternura, ambiente de sabrosura,
los cueros van en la sangre del pequeño
hasta el más grande.
Son niches como nosotros, de alegría siempre en el rostro.
A ti, mi Buenaventura, con amor te lo dedicamos”.*

**Grupo Niche.
Canción emblemática de la ciudad en las marchas**

¿La tractomulas son más importantes que nosotros?

Isaías Cifuentes, Comité Paro Cívico

“En Buenaventura el problema es que vemos entrar y salir la riqueza”.

**Mary Grueso.
Poeta.**

“No tenemos armas, tenemos dignidad”.

Consigna del paro cívico.

*“Aunque nos provoquen y nos acusen de vándalos
Es justa la anarquía y necesarios los escándalos
Para ver si así nos voltean a mirar
Como un lugar rico en cultura y no un puerto para explotar
Con el Pacífico juntos vamos a luchar”*

Buenaventura no se rinde. Artistas varios. Drako El Bipolar

*“...Y vivimos junto al agua y estamos muriendo de sed
...que en el puerto hay vandalismo, falta de educación
Pues entonces presidente aplique la solución
Si usted ya sabe el problema que hay en nuestra población
Pues entonces presidente invierta en educación.
...No estamos jugando por juguetes o algo ajeno.
¿Es por qué? Por lo que nos merecemos...
No estamos luchando por caprichos o porque queremos
¿Es por qué? Por lo que nos merecemos...”*

El Teacher. Cantante.

*“Vamos a seguir luchando, una y otra vez
Lo que sea necesario para exigir nuestros derechos
Porque esto no es un juego, le estamos metiendo el pecho
Perdón si me altero cantando, me pongo arreocho
Esto no es nada distinto a aquellos tiempos de mis viejos
Nos quieren seguir cambiando oro por espejos*
May, ‘El Profeta’. Cantante

*“Yo tengo fe que todo cambiará
Mi pueblo no llores más
Llegará la paz”.*

Willy García. Cantante

*“Hemos resistido la esclavitud, el racismo,
El mal de la corrupción, el flagelo del terrorismo. . .
Hemos resistido la sed de nuestros locales
Estando rodeados de agua por diferentes lugares.
Primera Estación. Cantante.*

*“El Esmad ataca a la población civil
que solo lucha por sus derechos exigir
Incendian tractomulas, pero no por locos
Sino porque los recursos de todos están en manos de pocos”.*

Pablo Tunes. Cantante.



BUENAVENTURA ANTES DEL PARO

¡El pueblo no se rinde, carajo!

Ese primer grito sonó como una consigna en el aire. Fuerte, poderoso, contundente. Retumbó y vibró en nuestras gargantas al quinto día del paro. Aún éramos pocos en ese cuarto día de protesta. Pero aquellas diez sílabas nos parecieron tan musicales como viscerales, tan nacidas de los tambores y del ritmo como del dolor y la indignación.

Los tres primeros fueron días de música, canto y oración. Nos habíamos dispuesto a orar en los espacios de concentración popular y allí nos unimos alrededor de los bombos y guasás, de los cununos y marimbas. No hubo proclamas políticas ni llamamos a guardar la disciplina. Tampoco tuvimos enfrentamientos con la fuerza pública. Bailamos currulao. Cantamos. Jugamos dominó. Conversamos entre nosotros en calma y con los pocos medios que nos preguntaban qué sucedía. Mi Buenaventura se convirtió en nuestro himno y lo bailamos sin tregua.

Pero ese estribillo nos movió cuando los hechos nos enfrentaron a la fuerza pública y entendimos que no podíamos rendirnos esta vez o perderíamos una oportunidad histórica. Así que nuestra respuesta llegó de inmediato. La cantamos todos, al unísono, esa multitud aún pequeña de manifestantes que crecería hasta volverse una ciudad entera de 400 mil almas movilizadas contra el olvido. El impacto del estribillo que luego se nos convirtió en un himno fue tan brutal como feliz, tan lleno de ira como de unión, tan Pacífico como iracundo:

¡El pueblo no se rinde, carajo!

Pero el pueblo y Buenaventura sí habíamos olvidado. Muchas veces. Siglos enteros. Y sí, nos habíamos rendido ante el desconcierto de no entender qué nos sucedía.

En realidad, nos había costado mucho despertar de nuestro letargo porque no entendíamos qué nos había sucedido en todo este periodo ni qué fuerzas poderosas nos ataban a nuestro destino, tanto a Buenaventura como al Pacífico entero colombiano.

Aquel día, cada canto que provino de nuestras voces se convirtió en un eco. No solo porque comenzó a expandirse por nuestro puerto, el más importante de Colombia hasta llegar a ser entonado por toda la ciudad que apoyó el paro cívico, sino porque repercutió en el litoral entero de 1.300 kilómetros de longitud y 50 kilómetros de ancho, en sus 80.070 kilómetros cuadrados de tierra, montaña y selva, en sus 300 ríos y en su más de un millón de habitantes. Fuimos la voz del Pacífico, la voz de los olvidados.

¡El pueblo no se rinde, carajo!

¿Por qué estábamos como estábamos? ¿Por qué tal olvido? ¿Por qué siglos de miseria y de promesas incumplidas? Para que no nos vuelva a suceder, es necesario buscar las razones muy atrás, en los primeros días del choque cultural que definió nuestro destino.

Recordemos, entonces, para que no nos vuelva a pasar.



¿Por qué estábamos como estábamos? ¿Por qué tal olvido? ¿Por qué siglos de miseria y de promesas incumplidas? Para que no nos vuelva a suceder, es necesario buscar las razones muy atrás, en los primeros días del choque cultural que definió nuestro destino.

Recordemos, entonces, para que no nos vuelva a pasar.

Brevísima reseña del olvido

Buenaventura, al igual que todos los puertos del Pacífico, no nació por el arribo de conquistadores desde el mar. A diferencia de las ciudades del océano Atlántico, nuestro desarrollo provino desde el interior (Valencia Llano, 2014). Eso marcó nuestra existencia.

Porque aunque Pascual de Andagoya llegó a nuestras orillas en el siglo XVI y estableció un pequeño puerto fluvial (Ducón Fonseca, XXX), Buenaventura continuó aislada del mundo y del comercio. Francisco Pizarro y Sebastián de Belalcázar ordenaron más adelante buscar salidas al mar y finalmente fue posible llegar desde Santiago de Cali a Buenaventura tras 20 días de penosa avanzada. El puerto fluvial sirvió para traer y sacar insumos. Pero siempre se le consideró un lugar de paso.

Cuando nuestros indígenas waunanas, emberas y cunas quemaron la aldea por los vejámenes que

cometían contra ellos los españoles, vivimos nuestra primera gran revuelta. Los 40 conquistadores que dominaban el pequeño caserío fueron exterminados. Luego, por supuesto, los españoles volvieron y los indígenas terminaron siendo explotados como cargueros con tan duras condiciones que de los 30 mil que alguna vez existieron quedaron apenas 400 tras tan solo 50 años de aquel siglo XVI (Valencia Llano, 1991).

Desde entonces, la dinámica fue la misma: no fuimos nunca una ciudad en sí, sino un puerto para Cali, y en un segundo lugar, para Popayán y otras ciudades cercanas. Fuimos regidos por Quito primero y más adelante por Santafé de Bogotá, dos ciudades distantes que difícilmente lograban ubicarnos en el mapa.

En las Crónicas de Indias fuimos considerados un territorio “estéril”, “difícil”, “áspero”, “calidísimo”, “inhabitable”, plagada de “mosquitos enconosos” y de tierra “imposible de entrar”. Cuando Popayán reclamó una salida al mar y una vía mejor para transportar las cargas en animales, y no a costa de los indígenas, Cali se opuso para no perder su hegemonía. Eso nos condenó: se prefirió siguió explotando a los indígenas para impedirles crecer a los payaneses. Como puerto, fuimos aislados varios siglos más.

Los hombres y mujeres africanos hechos esclavos fueron introducidos, tanto legalmente como de contrabando, a Buenaventura y también desde Cartagena a todo el Pacífico en los siglos sucesivos, hasta reconfigurar el territorio ante la masacre de los indígenas que no habían resistido los abusos. Ahí comenzamos a ser mayoría afro.

Cuando el país ganó la Independencia, Buenaventura seguía incomunicada. En 1829, Simón Bolívar, mediante un decreto, encargó al gobernador de la provincia del Cauca la construcción del camino desde Buenaventura a Cali. Cincuenta años después, las discusiones, comisiones y estudios para el trazado y construcción de la vía seguían en discusión. Apenas se avanzó en la construcción de 20 kilómetros, hasta Córdoba.

Tuvo que llegar el Siglo XX para que en 1915 nos pudiéramos comunicar con Cali por vía férrea. En 1916 se ordenó la construcción del puerto. La primera vía, ahora en desuso, se inauguró en 1946. Así es: hace apenas 71 años nos conectamos por una vía con el resto de Colombia.

Había tantas fallas y peligros que seis años después se decidió construir la vía Cabal-Pombo. También, como la primera, vivió y vive a merced de los derrumbes y de las fallas de su estructura, algo similar a lo que sucede hoy en las vías del Chocó.

Quince años después de abierto el puerto, en 1930, las exportaciones de café por Buenaventura superaban a las de Barranquilla. Pero no nos sentíamos orgullosos de ello. Porque Buenaventura, a diferencia de Barranquilla, solo era considerado un puerto de paso y no una ciudad. Mientras la ciudad del Caribe pasaba de ser la menos importante del litoral Atlántico al mayor polo de desarrollo

de la región, nosotros nos hundíamos en el abandono.

Éramos, literalmente, un lugar de cargue y descargue; un punto de tráfico y de paso, un acceso al mar. El desarrollo que se daba en la ciudad respondía a las necesidades de los que llegaban al puerto a enviar sus mercancías o a recoger sus envíos: un par de bancos, dos hoteles, algún cine para distraerse y una Calle del Comercio con provisiones para los que vivían en el puerto o sobrevivían gracias a él. Poco más.

Lo que nos pasaba en Buenaventura era el reflejo de lo que le sucedía a todo el Pacífico: si el puerto más importante, del que dependía la economía de medio país y su conexión con el mayor océano era dejado al margen, el resto del Pacífico sufría esa condición en una medida aún mayor.

El olvido fue tan grande en un punto dado, y las condiciones de marginalidad tan extremas, que en Buenaventura reventamos, por fin, en 1964, y convocamos nuestro primer paro cívico.

¡El pueblo está berraco, carajo!

La primera vez que alzamos la voz

*“¿Por qué Señor, nuestros Gobiernos títeres se arman hasta los dientes, mientras tanto el pueblo gime y no puede quejarse en voz alta?
Monseñor Gerardo Valencia Cano (Buenaventura)*

¡El pueblo ya no olvida, carajo!

En Buenaventura, no resistimos más en 1964. Y así lo gritamos en sus calles: “¡No más!”.

Ese año decidimos no dejar pasar más de largo el historial de afrentas y de olvido de nuestro día a día. Estábamos mal. Casi como ahora, solo que en una condición aún más precaria porque entonces apenas alzábamos por primera vez la voz.

Cincuenta y tres años atrás, Buenaventura ya era el lugar más pobre del departamento del Valle del Cauca. Sus niveles de vida eran más bajos que todos los otros municipios en cuanto a expectativa de vida, reducción de la mortalidad infantil, alfabetismo, nivel de ingreso per cápita, condiciones de vivienda, educación, servicios públicos y vías de acceso (Suárez Reyes, 2011).

Éramos el espejo de todo lo que le sucedía al litoral Pacífico, pero potenciado por el contraste del dinero que fluía desde y hacia el puerto pero no nos permeaba al resto de sus habitantes.

Las inversiones llegaban, pero solo al Muelle Rengifo –diseñado para buques de gran calado–, al Muelle Marítimo, a la isla de Cascajal y a la vía del ferrocarril. La ciudad donde habitábamos la mayoría crecía a partir de la actividad que sucedía en el puerto.

Dos maremotos (1906 y 1957) y dos incendios (1931 y 1955) contribuyeron a incrementar la miseria. Los pantanos que se formaban en el centro de la ciudad por las aguas lluvias dispararon los problemas de malaria y paludismo.

Los 55 mil habitantes de 1951 pasamos a ser, en tan solo 13 años, 96.700. En 1964, el año del primer paro cívico de Buenaventura, nuestra población, además de aumentar, sufrió un fenómeno complejo: las personas que pasamos a vivir en la zona urbana nos duplicamos. Ya no había tierras fuera, y todos nos quedamos dentro de la ciudad.

En resumen, fuimos más en el mismo espacio. Y por consiguiente, sufrimos más enfermedades, miseria y crecieron las casas palafíticas sin servicios públicos (Garcés Viáfara, 2016). En esos años nacieron los habitantes dispuestos a ganarle terreno al mar, quienes tomaron la decisión de llenar la zona de bajamar con basura y tierra –con la complicidad de las autoridades y de los servicios de aseo– para levantar hogares con maderos sencillos y bolsas plásticas negras a manera de paredes. Las remataron con techos de zinc para huirle a la lluvia.

Era demasiado.

Pero lo que rebotó la copa fue la educación, el pilar que nos permitía salir adelante. Sin educación, ¿quiénes podíamos llegar a ser? ¿Qué podíamos cambiar? No la teníamos. Así que reventamos.

Las pocas instituciones educativas de la ciudad se contaban con los dedos de las manos. La mayor parte de las que funcionaban habían sido fundadas por la Iglesia. Es más, el gran hombre detrás de la protesta fue Monseñor Gerardo Valencia Cano, a quien llamábamos 'El Hermano Mayor'. Ese mismo año, él fundó el Seminario de San Buenaventura. También fundó o apoyó otras instituciones como el Instituto Industrial de San José (rebautizado ahora con su nombre); la Normal de Señoritas; el Colegio San Vicente; el Instituto de la Anunciación; el Instituto Matía Lumumba e impulsó escuelas rurales, los servicios del Sena, el colegio Pascual de Andagoya, el Liceo Femenino del Pacífico y el Plan Padrinos.

Pero la Iglesia no podía ni debía suplir el deber del Estado. Nuestros hijos se quedaban por fuera por la falta de instituciones educativas públicas de la ciudad. Las que funcionaban subsistían en condiciones deplorables. El magisterio no recibía los sueldos a tiempo y los alumnos desertaban.

Así que los ciudadanos paramos. Entre el 9 y el 12 de noviembre de 1964 logramos detener el tránsito de carga hacia el puerto.

Hubo desmanes. Los negociadores fueron víctimas en dos ocasiones de las piedras al paso de su vehículo frente al Colegio Pascual de Andagoya. El comando de la Infantería de Marina apostada en



el puerto mantuvo el control de la ciudad y estuvo dispuesto a dispararnos a los manifestantes. La Aduana resultó destruida y el momento más tenso fue cuando Monseñor Valencia tuvo que ponerse frente a los que protestábamos para protegernos y evitar que la fuerza pública nos acibillara. Ni siquiera fuimos noticia para los medios de comunicación del interior del país, salvo para nuestro periódico local El Puerto.

Durante cuatro días de paro, generamos pérdidas por diez millones de pesos a las operaciones portuarias. Al segundo día, el Gobierno se vio obligado a reaccionar a las peticiones de los porteños, liderados por Óscar Castro Gutiérrez, Luis Claros, Jorge Gutiérrez y Marcos Vanín, y apoyados por los padres de familia que habían iniciado la protesta.

El resultado nos dejó satisfechos en un primer momento. El Gobierno se comprometió a implementar el Plan Buenaventura, que comenzó a cambiarle la cara a la ciudad. Pero hubo peros.

Se logró la financiación del Banco Interamericano de Desarrollo, que facilitó un crédito que al final resultaría ser de 150 millones de dólares, luego de que la comisión negociadora, conformada por el Ministro de Educación y funcionarios del Ministerio de Hacienda, accediera a invertir en Buenaventura. Sin embargo, desde que se concibió el Plan hasta que comenzó su ejecución, pasaron once años.

Apenas en 1975 se inició la construcción de obras importantes para la ciudad como los núcleos escolares, la autopista Simón Bolívar, la plaza de Mercado de Bellavista y Pueblo Nuevo, sectores de viviendas, inversiones en la Transformación, Muelle Maderero, la Terminal de Transportes, la central hidroeléctrica Alto Anchicayá, así como la primera ampliación del puente del Piñal.

Pero quedaron pendientes obras como el Muelle de Cabotaje, el Complejo Pesquero (hoy Terminal de Contenedores) y el funcionamiento completo de los servicios del acueducto. Como las obras tardaron tanto, estuvieron basadas en las mediciones de once años atrás. Así que todas las proyecciones fueron superadas por el incremento desmesurado de la población, que para cuando acabaron las obras ya superaba los 150 mil habitantes. Y arrancaron quedándose pequeñas.

Quizás la propuesta que más rápido se cumplió dentro del pliego de peticiones fue la del servicio de la televisión. Antes de finalizar ese año, vimos por fin la Cadena Uno, diez años después de ser puesta en servicio.

Lo importante fue que entendimos el poder que tenía alzar nuestra voz.

¡El pueblo no se calla, carajo!

La segunda vez que decidimos no callar

¡El pueblo se respeta, carajo!

El segundo paro cívico de Buenaventura lo iniciamos el lunes 23 de febrero de 1998. Culminamos seis días después. No pensamos que cobraría tanta fuerza, pero la protesta pacífica inicial se expandió al resto de la ciudad cuando nos dimos cuenta de que todos necesitábamos manifestarnos.

En realidad, comenzó el lunes a las nueve de la mañana cuando los directivos del sindicato de los Trabajadores del Municipio, que se encontraban en cese de actividades desde el viernes 20, convocaron a una reunión en la plazoleta del Centro Administrativo Municipal. Su necesidad era urgente: protestar porque les debían cuatro meses de trabajo.

A las diez de la mañana, los manifestantes marcharon hacia el puente de El Piñal. La intención era hacer una toma pacífica y protestar en contra de la administración municipal que no resolvía el pago de sus salarios. Pero una vez allí, los militares intentaron impedir la toma del puente. Entonces la protesta creció, los ánimos se caldearon, el puente fue tomado a la fuerza, se saltó la cerca que ponían los uniformados y a la marcha terminamos vinculándonos los dirigentes que veníamos exigiendo un paro cívico en Buenaventura.

En cuestión de horas la protesta pasó a ser un paro cívico permanente. La expandimos y pronto se dio la toma del puente de El Pailón por parte de los campesinos y los habitantes de las veredas cercanas a la carretera. Ese mismo día paralizamos la ciudad.

En total, éramos 45 organizaciones, entre comunitarias y sindicales, unidas en torno al Paro cívico. Rafael Cuero, presidente del Sindicato de Trabajadores del municipio, tomó la vocería para informar las razones del paro cívico. Lo que dijo era racional, aunque el alcalde y los funcionarios nos dijeran que no era la manera: No teníamos otra forma de llamar la atención del Gobierno nacional por el caótico estado financiero del municipio, la mala calidad de los servicios públicos, la inseguridad, el desempleo y la demora en el pago de salarios de los trabajadores municipales y los jubilados.

Unas 7.500 personas terminamos unidas en ese primer día del paro cívico. Se unieron otras más con carpas para protegernos del sol y la lluvia. Estábamos decididos a mantener el bloqueo general del Puerto y asignamos turnos para impedir el paso por las principales vías. Tan solo en el primer día de cese de actividades portuarias se habló de pérdidas por mil millones de pesos en el Puerto.

Nuestra desazón era grande. En el fondo, vivíamos la misma situación que Monseñor Valencia había denunciado en 1966 cuando recorrió la zona de bajamar y barrios como Venecia, Santa Mónica, La Playita, Lleras o San José y criticó el hambre imperante. Pronto se sumaron los 400 maestros del municipio que no recibían paga desde noviembre del año anterior.

Finalmente, levantamos el paro cívico cuando el Gobierno local se comprometió a entregar el equivalente de siete millones de dólares para el pago de sueldos atrasados de 900 funcionarios del



Municipio, además de que logramos la instalación de la mesa de trabajo por parte de los organizadores del paro y voceros del Gobierno central para buscar un plan de desarrollo para Buenaventura.

El problema del paro de hace 19 años fue que el plan Conpes que se desarrolló para Buenaventura quedó empolvado. En realidad, no se ejecutó hasta 2014, cuando se hizo la marcha del 19 de abril para exigir garantías.

No era la primera vez que alzábamos la voz desde distintos sectores, pero siempre dispersos. Por ejemplo, en 1982 más de 4.000 trabajadores del puerto paralizaron sus labores. El columnista D'artagnan, del diario El Tiempo, se fueron lanza en ristre contra Buenaventura por paralizar el desarrollo de la economía nacional (El Tiempo, 12 de septiembre de 1982), pero fue una protesta netamente portuaria. Lo hicieron los transportistas, los pescadores, los maestros. Pero éramos fuerzas dispersas. En 2006 hubo otro paro cívico breve sin mayores resultados. Además, seguíamos sin representatividad: solo dos de los nueve alcaldes elegidos popularmente desde 1988 concluyeron sus mandatos sin líos con la justicia.

Se nos acumuló el cansancio: recordamos lo que había dicho el ex ministro Luna cuando afirmó que nuestro puerto sería como el de Barcelona, España. Pero seguimos siendo Buenaventura. Con indicadores sociales cercanos al país más pobre del continente, Haití. Sobrediagnosticados por el Estado, azotados por la violencia de todos los actores armados del conflicto, manejados desde Cali o desde Bogotá, inundados de proyectos y anuncios oficiales que jamás se concretaban, poseedores de catorce cartas de navegación para reestructurar la ciudad de las cuales apenas se habían ejecutado dos. Buenaventura, Tura, con todo lo maravilloso y doloroso que eso significa. Solo que esta vez decidimos no olvidar más.

¡El pueblo no olvida, carajo!

DURANTE EL PARO

El paro cívico que nos unió como pueblo

15 de mayo. Un día antes del paro cívico

¡El pueblo está furioso, carajo!

El paro de 2017 llevaba gestándose cuatro años. En realidad, llevaba todo el último siglo cobrando forma, forjándose desde la inconformidad, hasta que se volvió como un río crecido que reventó todo lo que encontró a su paso. Pero solo cobró fuerza desde el 2014, cuando fueron agotándose todos los recursos legales y comenzamos a pensar en la opción de movilizarnos masivamente.

Este último paro cívico nació, en realidad, el 19 de febrero de 2014 cuando miles de porteños vestidos de blanco decidimos realizar la multitudinaria marcha de Buenaventura para el Entierro de la violencia para vivir con dignidad. Era una marcha para clamar por el fin de los muertos y la inversión social en la ciudad.

De todos modos, en 2013, cuando realizamos la asamblea Marcando Territorio, ya habíamos pensado en la posibilidad de impulsar un gran paro cívico. “Sed valientes”, fue lo que nos dijo entonces Monseñor. Representantes de 93 organizaciones populares y cívicas nos unimos para marchar y protestar por el agua, la educación, el territorio y la vida.

Sin embargo, el 19 de febrero de 2014, vestidos de blanco, salimos a las calles de Buenaventura para el Entierro de la violencia para vivir con dignidad. La nuestra era una marcha para clamar por el cese de los muertos y el freno a la racha de crímenes, además de exigir la necesaria inversión social en la ciudad. Nunca pensamos tener tanta fuerza. Pero ya el dolor había crecido tanto que terminamos marchando 60.000 personas.

En esta movilización masiva y pacífica participaron instituciones educativas, gremios, funcionarios, comerciantes y transportadores. Promovida por la Diócesis del puerto y presidida por el obispo Hector Epalza Quintero, nos demostró cómo la ciudad podía unirse en torno a una única propuesta. Pero más allá de la marcha y del impacto que tuvo en nosotros, la respuesta estatal se concentró en militarizar el puerto.

Sabíamos que no nos cumplirían. Pero queríamos usar su incumplimiento como excusa para montar un gran paro cívico sin atenuantes. Desde ese día, nuestro Comité Ejecutivo no dejó de reunirse. Compuesto, entre otros, por el Proceso de Comunidades Negras, la Central Unitaria de Trabajadores de Colombia, las Juntas de Acción Comunal, el Comité del Agua, la Asociación Colombiana de Industriales y Armadores Pesqueros, con el apoyo de la Pastoral Social, nos unimos para no dejar que nos engañaran más.

Un año después, volvimos a unirnos para pedir más inversión, en la misma fecha. “Es cierto que las cosas han mejorado en el puerto, gracias a la intervención militar. Pero también es cierto que esa intervención no es suficiente. No podemos hacer cuentas alegres mientras aquí la cobertura en educación todavía es tan baja, mientras muchos barrios no tienen agua potable y mientras el índice de desempleo sigue siendo alarmante. Por eso, le pedimos a las autoridades que se fijen en esas otras situaciones”, clamó desde el púlpito Monseñor Epalza esa vez.

Dos años después, el 18 de febrero de 2016, salimos de nuevo a la calle. Una vez más marchamos contra el miedo y también contra el olvido. Los miembros del Comité Por la Marcha –líderes de diferentes sectores sociales, apoyados por la Iglesia– citamos a los porteños para caminar a partir de las 8 de la mañana desde el kilómetro 5, en la parroquia del Divino Niño, frente al Sena. Nada significativo sucedió.

De nuevo, un año más adelante, el 19 de febrero de 2017, salimos a las calles a protestar. Ese día le advertimos al Gobierno que si no se cumplían los compromisos, vendría el paro cívico.

El director del Departamento Nacional de Planeación nos había prometido en Buenaventura a principios de febrero una “nueva ciudad”. Pero le dijimos que el Gobierno nos había decepcionado demasiadas veces. Lo volvimos a decir en la marcha conmemorativa y reiteramos ese día que el 64 por ciento de nuestra población estaba en la franja de pobreza, el 9,1 por ciento vivía en la miseria y el desempleo afectaba al 62% de los nuestros. Además, la ciudad apenas contaba con una cobertura de acueducto del 76% y de 60% en alcantarillado. La cobertura en educación media es del 22% y la tasa de mortalidad infantil es de 27,6 por cada mil nacidos vivos, cuando la media de Colombia es de 10,5.

Por si fuera poco, el 50% de nuestra población se reconoció como víctima del conflicto, el 91% de la población rural se consideraba pobre y nuestra pobreza triplicaba a principios de este año la de ciudades como Cali.

Promesas incumplidas

El 8 de marzo de 2014, el presidente Santos llegó en helicóptero a inaugurar el puerto de Aguadulce. El nombre fue casi una cachetada para un municipio como el nuestro, con siete ríos y con uno de los mayores promedios de precipitaciones anuales de agua lluvia, que en oposición no tenía agua para sus habitantes.

El Comité por la Marcha entendió ese día que las promesas que se alcanzaron a pactar en 2014 tampoco se cumplirían y que el programa lanzado el 25 de octubre por el presidente Santos llamado ‘Todos Somos Pacífico’ no sería realidad.

Se trataba de un plan para subsanar el bajo nivel de desarrollo en los pueblos de la costa. En realidad,

comenzó siendo solo para Buenaventura. Para junio de 2015 debía hacerse el desembolso de los primeros US\$400 millones del préstamo de la banca internacional para Agua, medio ambiente, conectividad, educación, movilidad e inclusión social “de este programa fijado a cuatro años. Llegó la hora de actuar, no más discursos, pues estamos cansados de tantos estudios, planes, proyectos. Todos se han hecho, pero este será definitivo”, dijo entonces el presidente Santos, en su octava visita al puerto durante su periodo presidencial. En ese lanzamiento del programa Todos Somos Pacífico también estuvo el ministro de Hacienda, Mauricio Cárdenas, quien ratificó que los recursos tendrían un manejo dinámico, lo que permitiría un trámite más rápido para su desembolso.

Pero la apuesta no se cumplió. Hubo fricciones y promesas, pero no avances. Y los US\$ 400 millones presupuestados para Buenaventura fueron destinados a todos los pueblos del litoral. En vez de aumentar los recursos, estos se repartieron.

Así que desde el Comité para la Marcha que había nacido en 2014 nos consagramos a afinar las mesas de trabajo que sostendríamos con el Gobierno y a preparar el paro cívico como una especie de definitivo plan de choque.

“Es necesario hacer un paro cívico –dijimos–. Es la única forma de tener mayor impacto y de lograr que el Gobierno tome medidas rápidas ante los temas estructurales, nos desembolse los recursos, modifique las leyes y nos atienda”.

Aunado a eso, la situación empeoró con el cierre del hospital. Las obras para el acueducto no avanzaron. El Alcalde dijo que todo estaba en marcha y que no había razones para nuestro paro. El pueblo sintió que la estrategia por parte de todos era desgastarnos en un laberinto de demoras y compromisos.

Nuestra estrategia, entonces, fue desgastar a las instituciones con el paro indefinido. Desde el Comité, ahora Comité para el Paro Cívico, empezamos a promover el paro y a convocar a todas las organizaciones posibles para que la de Buenaventura dejara de ser una protesta de sectores aislados y fuéramos todos, por fin, una misma voz y una misma propuesta y voluntad de cambio.

Les dijimos a todos los que pudimos que la hora cero para iniciar nuestro paro cívico sería el martes 16 de mayo. Día tras día, todo tipo de organizaciones empezaron a sumarse, desde las juveniles hasta las de pescadores, desde las indígenas hasta las afrocolombianas, desde las cívicas hasta las sindicalistas lideradas por la Iglesia. Al final, superamos las 120 organizaciones. Nos articulamos. Nos unimos. Eso hizo la diferencia.

En 1998 habíamos sido los funcionarios públicos los que lideramos la marcha. En 1964, los docentes. Ahora, aunque Monseñor Quintero y la Iglesia fueran la cabeza visible, todos éramos un solo movimiento y un único propósito.



En 1998 habíamos sido los funcionarios públicos los que lideramos la marcha. En 1964, los docentes. Ahora, aunque Monseñor Quintero y la Iglesia fueran la cabeza visible, todos éramos un solo movimiento y un único propósito.

Otra diferencia mayúscula fue que estábamos preparados. Teníamos claridad en los puntos que íbamos a exigir. Ya sabíamos cómo nos habían engañado antes. Cómo habían dilatado los procesos, cuáles eran las cifras que manejaban, cuál era la realidad de la inversión.

Las organizaciones al interior, que estábamos liderando el paro, creamos una red con otras organizaciones y ellas con otras, que terminaron vinculando a consejos comunitarios y organizaciones urbanas gracias a su vocería. Al final se sumaron los motoristas, los madereros, los portuarios, los sindicatos y hasta los comerciantes.

El Gobierno intentó detener el paro cívico. Un Consejo de Ministros, una semana antes, nos dijo que no había razones para llevarlo a cabo ya que el 80 por ciento de las propuestas se había cumplido. Pero ¿dónde estaban, entonces, esos cumplimientos? ¿Por qué no los veíamos?

Del martes 9 al lunes 15, una delegación liderada por el Secretario General de la Presidencia y otros ministros intentaron frenar el Paro. Se hicieron esfuerzos de parte y parte, pero no lograron detener lo inevitable. Esta vez no queríamos planes de choque: queríamos cambios reales.

Un día antes, nos fuimos a dormir con la certeza de que esta vez imperaría un poderoso sentimiento de ciudad, de territorio, de Pacífico. Que todos seríamos uno.

“Todos estamos jodidos”, dijimos. “Mañana, vamos a hacer algo”.

“¡Es tiempo de que respeten, carajo!”

16 de mayo. Día 1
“Es tiempo de unirnos, carajo”

A las 5 de la mañana comenzamos. Éramos pocos aún a esa hora, pero fue la hora cero declarada para iniciar nuestro paro cívico. La primera concentración se hizo en la Casa de la Cultura con una oración, que luego replicamos en once puntos de la ciudad.

Les habíamos pedido a los porteños aportar insumos para la alimentación en los distintos puntos de encuentro, participar activamente e invitar a los amigos a acercarse. Y ese día invitamos a todos, incluso los que no estaban dentro de las organizaciones: desplazados, desempleados, a ese 91% que forma parte del empleo informal de la ciudad y hasta a los mototaxistas. El senador Alexander López se pronunció a favor de la comunidad y el padre John Reina, de la Pastoral Social, lideró el proceso. Nuestro Comité coordinó todo en la ciudad, mientras las autoridades y los representantes del Gobierno Nacional trataban de minimizar el impacto del paro.

El Comité del Paro ya tenía definidos los ocho puntos del paro. Ninguno privilegiaba a una comunidad por sobre otra. Esta vez no era por las comunidades negras ni por las etnias o por un sector específico. Era para todos. “Esta vez es un tema de ciudadanía”, dijimos. Durante un mes lo habíamos anunciado.

Hacia las siete de la mañana comenzaron los cierres en las principales vías del puerto: el Puente El Piñal, el Sena, el sector de los Pinos y en la comuna 12, los manifestantes realizaron una cadena humana obstaculizando el paso vehicular.

El Gobierno tenía en sus manos los ocho puntos, en el cual el más importante era la declaratoria de la emergencia, social, económica y ecológica para que el Gobierno no solo mirara las ganancias económicas de Buenaventura, sino que reabriera el Hospital en su nivel dos y tres, mejorara el servicio de agua potable y cumpliera con los compromisos pactados desde 2014.

El comercio cerró. Nuestros líderes nos dijeron que sería indefinido y duraría lo que el Gobierno tardara en responder. Nuestra ciudad, por donde se mueve el 50 por ciento del comercio exterior del país y cada día entran y salen 2.600 tractomulas, fue bloqueada en once puntos.

Ese día el Gobierno alcanzó a reafirmarse en operar con los recursos del presupuesto ordinario, pero eso no alcanzaba para una nivelación: se requerían recursos extraordinarios. Exigimos la declaratoria de la Emergencia Social y Económica de Buenaventura para dejar en evidencia lo básico. Pedimos que se declarara y a partir de allí, trabajar en mesas los temas propuestos, y en conjunto crear políticas para llegar a la solución.



No podíamos dilatar más el proceso: nuestra pobreza multidimensional es del 66%; De los 407.539 habitantes, 162.512 son víctimas del conflicto armado (según la Unidad para las Víctimas); El déficit de vivienda es del 54%; las Necesidades Básicas Insatisfechas de nuestros habitantes es del 36%; tenemos cero oferta pública en salud de mediana y alta complejidad, sin contar con un gran porcentaje de las cuencas hidrográficas contaminadas con mercurio o a causa de la minería ilegal; los desalojos territoriales, la presencia en el territorio de actores armados por fuera de la ley, la existencia de las 'casas de pique' y todo lo que ya habíamos expuesto antes.

Mucho antes. Habíamos rebotado con miles de páginas y peticiones a todas las instituciones e instancias, comenzando por la Alcaldía y la Gobernación hasta llegar a la Procuraduría, la Fiscalía, la Contraloría y la Defensoría, reclamando derechos simples: agua, educación, salud, trabajo. Necesitábamos ejercer una presión legítima. Y cuando no nos resolvieran nada, parar. Sin rendirnos. Miles salimos a desfilarse ese día. Fuimos miles. Fuimos un dolor. Fuimos una sola voz.

“¡El pueblo es uno solo, carajo!”.

17 de mayo. Día 2 **¡No queremos más violencia, carajo!**

La fiesta continuó en las calles y las oraciones también. No había proclamas políticas allí ni llamados al orden. Celebrábamos y parábamos. Eso era.

Mientras tanto, nuestro Comité Ejecutivo, con las 120 organizaciones participantes, hacíamos presión para que no hubiera manera de que nos refutaran los argumentos sólidos que teníamos con respecto a nuestros ocho puntos planteados. Habíamos redactado desde el pacto social por la educación hasta la propuesta de ordenamiento de territorio con conocimiento de causa y con la claridad de qué queríamos como comunidad, más allá de los intereses particulares de cada quien. Cada mes, nuestro Comité Ejecutivo había convocado a marchas por cada tema.

El primer acto fue una gran jornada de oración en puntos o espacios de concentración popular, que se vivió como una rumba. No hubo proclamas políticas ni llamados a conservar el orden. La gente bailaba. Había música de marimba, sonaban los tambores por doquier, el cununo y el guasá se adueñaron de las calles. Se bailó y cantó, se entonaron canciones y sonó currulao y salsa. Algunos jugaron fútbol y la mayoría movió fichas de dominó sin prisa. Se trataba de parar y de gozar mientras presionábamos la llegada de soluciones. El segundo día, el ambiente estaba más relajado y las jornadas se fueron dando espontáneamente. Mi Buenaventura, el currulao de Petronio Álvarez, se volvió un himno en la ciudad.

Así que cantamos y celebramos. Estábamos unidos como Pacífico.

“¡Vamos por el pueblo, carajo!”



18 de mayo. Día 3

“¡Por nuestra economía, carajo!”

El ambiente siguió igual. Con la única diferencia de que el Gobierno llegó a iniciar negociaciones. Les planteamos, por fin, los ocho ejes estructurales temáticos de nuestra propuesta como ciudad:

1. Salud. Cobertura en prevención y atención en salud de baja, media y alta complejidad y medicina tradicional.

2. Medio ambiente. Recuperación y conservación de cuencas y otros ecosistemas estratégicos degradados.

3. Educación. Cobertura, calidad y pertinencia de la educación básica, media, técnica y universitaria.

4. Cultura y deporte. Fortalecimiento y promoción masiva de las prácticas culturales, recreativas y deportivas.

5. Servicios públicos. Saneamiento básico e infraestructura y operación pública y comunitaria de los servicios públicos domiciliarios.

6. Seguridad y víctimas. Acceso a la justicia y reparación a las víctimas individuales y colectivas.

7. Territorio y ciudadanía. Ordenamiento del territorio, como hábitat para la vida y el bienestar colectivo, con reparación y nuevas viviendas para las familias.

8. Emprendimiento y empleo. Fortalecimiento de la producción local y regional y otras medidas económicas, jurídicas y políticas que garanticen la generación de empleos dignos y los ingresos requeridos por las familias.

De entrada, el Gobierno dijo que no era posible la declaratoria de emergencia. Su punto era que no había argumentos para establecerla. Sin capacidad de decisión, porque no eran funcionarios de primer nivel, simplemente nos dijeron que harían la consulta, porque su aceptación implicaba una revisión por parte de la Corte Constitucional.

Mientras tanto, seguimos bailando y celebrando. La cultura era nuestro vehículo de cohesión.

“¡Y por las mujeres, carajo!”

19 de mayo. Día 4 “¡Por el fin de la violencia, carajo!”

Fue el día para olvidar. O, quizás, el día que todos debemos recordar. En realidad, el viernes comenzó con tranquilidad. La misma dinámica, las calles vacías, la gente cantando en los doce puestos de concentración. Quizás menos eufóricos que los días previos, pero resistiendo. La única novedad provino de la mesa de negociaciones, que se levantó demasiado pronto cuando quedó en claro que no se avanzaría. El único representante del Gobierno dijo que haría la consulta respectiva ante nuestras peticiones.

Afirmó que no había condiciones para dialogar y el asunto quedó así, aplazado un día más. Hasta las 4 de la tarde, todo seguía en calma. Pero los ánimos ya estaban caldeados. Primero, por las declaraciones del Alcalde, quien afirmó que el paro no les hacía bien a los rebuscadores porque no tendrían cómo subsistir. “La gente quiere es trabajar y estoy seguro que este paro no va a durar”, dijo poco antes.

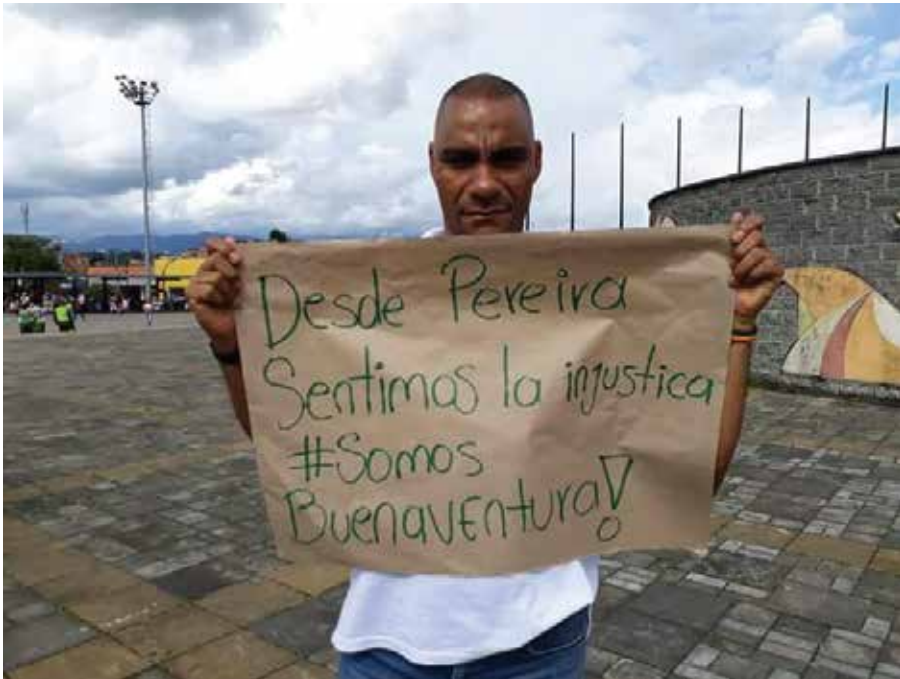
“Fue el cinismo con el cual el alcalde asumió el paro lo que más nos dolió —recuerda la abogada Karolina Guerrero— Sí, la gente se dedica al rebusque, pero porque no hay opción. Al no sentir un alcalde que los apoyara, la gente salió a la calle, dolida. ‘Nos han vuelto rebuscadores, que es distinto’, decían”.

Pero hubo un detonante que no esperábamos. El día anterior, el policía Néiver Enríquez, de 30 años, integrante del Grupo de Reacción e Intervención Deval Unir Cisneros, había muerto en un accidente, a la altura del puente de La Delfina.

A ese punto, precisamente, comenzaron a llegar hacia las cuatro de la tarde los uniformados. Por las redes sociales se informó de la salida, desde Loboguerrero, de tanquetas, camiones, motocicletas y camionetas de la policía del Esmad. Cuando llegaron a ese punto dispersaron rápidamente a nuestros manifestantes.

Pronto, el Esmad recuperó el puente de El Piñal—única comunicación de la isla con el continente—y La Delfina, bajo el argumento de que el puente podía ser volado por la guerrilla o los paramilitares. Cuando entraron a Buenaventura, ya a través de las redes sociales la gente estaba armada de piedras, y los esperaban.

“Bonaverenses, para el conocimiento de todos ustedes, el Esmad se acaba de meter a Buenaventura, están haciendo un despliegue total de tanquetas, motorizados y patrullas. En estos momentos están enfrentándose en el puesto de la Delfina”, señaló uno de los líderes del paro cívico en ese momento. Hacia las seis de la tarde, la fuerza pública ya había recuperado la ciudad en sus dos puntos más claves para las comunicaciones y el comercio. Nuestra gente se sintió agredida. Acorraló a los uniformados en El Piñal y hubo enfrentamientos. Pero nada pasó a mayores en ese instante, salvo el



descontento mayúsculo por el irrespeto a los acuerdos que se estaban planteando sobre la mesa de negociaciones.

Faltarían pocos minutos para que comenzara el caos. A través de audios que se compartieron por whatsapp, se avisó que unos encapuchados habían comenzado a tumbar postes y a romper a la fuerza las cerraduras del supermercado La 14. En pocos minutos habían comenzado a saquear el comercio de esta gran cadena, y antes de un cuarto de hora ya eran cientos los que se habían unido y corrían de un lado para el otro extrayendo mercancía y productos. El saqueo se extendió pronto al Éxito y a la Olímpica-Sao. Los organizadores de nuestro paro cívico alegrarían que aquello fue una estrategia para distraer a la resistencia bonaverense que apretaba a los uniformados en El Piñal, porque durante todos los desmanes y durante varias horas, ningún uniformado de ningún tipo apareció en la ciudad para remediar el caos.

Lo cierto es que algunos miembros de la comunidad cayeron en la trampa, tendida o no, de saquear el centro de la ciudad, asaltar cajeros automáticos, estaciones de servicio y hasta robar la casa del hijo del alcalde. El vandalismo le dio toda la justificación a las autoridades y a las instituciones de cortar los diálogos y de emplear la fuerza. Apenas a la medianoche, la Armada, la Policía y el Ejército decidieron retomar el control, y lo hicieron en cuestión de minutos, pero no detuvieron a los asaltantes que cargaban consigo televisores y hasta estufas.

Un muerto, once heridos y 80 detenidos sería el saldo reportado por las autoridades tras esa noche de saqueos y descontrol. Diez policías fueron heridos. Una de las dirigentes del Paro aseguró que “El Espíritu Santo derramó sobre el pueblo los siete dones de la sabiduría para que no pasara nada más”.

Gente con celulares grababa los desmanes. Todos corrían, todo estaba roto. Había miles de personas en las calles y los destrozos eran innumerables en concesionarios, casas y calles. Incluso videos grabados con cámaras de celular registraron ataques a ambulancias y a tractomulas que pasaban por la vía interna alterna.

Hasta ese momento, solo habíamos celebrado. La idea de la Iglesia, de hacer de los puntos de concentración lugares de solidaridad y encuentro, había funcionado. Comíamos, bailábamos, contábamos cuentos en la madrugada. ¿Cómo podía todo terminar en esto?

Solo transmitían de manera veraz, aunque con la voz entrecortada y haciendo llamados a la cordura la emisora Voces del Pacífico, el canal Telemar, Julio lo Dice, Élvort Renjifo, Rodrigo Victoria, Augusto Gallo, TV Yo y la Comunidad, Viviana Castro, entre otros. Sus cámaras y voces y las de algunos espontáneos guardaron el recuerdo de lo que sucedía.

La noche terminó en medio de gases lacrimógenos y balas, capturas y zozobra. Y además, con un convencimiento para nosotros: habíamos caído en la trampa y habíamos perdido una oportunidad histórica. Los medios no habían cubierto eso y las únicas imágenes eran de nuestros celulares. El paro pacífico ya no podría ser. Jurábamos que fracasaría. Llorábamos de espanto y de dolor. Y de rabia e indignación.

“¡Y por el respeto, carajo!”

20 de mayo. Día 5
“¡Marchemos por los niños, carajo!”

Nuestros dirigentes del Paro Cívico se sintieron abatidos. Bajo una ciudad sitiada y en toque de queda, ocupada por las fuerzas públicas y con el país entero señalándonos ya desde los medios de comunicación, tuvimos la tentación de dar un paso atrás. “Estábamos convenciendo a los muchachos de no hacer nada cuando de golpe miramos hacia atrás y vimos un río de gente que venía por los cuatro carriles de la calle Sexta gritando: ‘El pueblo no se rinde, carajo’. Pasó por encima de nosotros y nos llevó como una ola de tsunami”, recuerdan nuestros líderes.

Se trataba de una protesta ciudadana que reivindicaba el carácter pacifista del paro, con la intención de marcar distancia de los hechos de violencia generados la noche anterior. Éramos los miles de bonaverenses que no habíamos participado en los desmanes ni en los saqueos, indignados por la violencia de la noche anterior, tanto de la fuerza pública como de los porteños que habíamos caído en la trampa. Miles y miles. Una horda de seres dolidos y decididos a que la historia no se repitiera.

Salimos a las calles con consignas de paz y reivindicación social, dispuestos a enfrentarnos a las autoridades y a los violentos. Desde diferentes lugares del país y del mundo, se unió, organizaron marchas, plantones y dijeron: “*Yo soy Buenaventura y la injusticia me duele*”.

Una organización de jóvenes, Rostros Urbanos, apostamos por el arte y trajimos la alegría de nuestras voces, la identidad, el folclor, el bombo, los cununos, la poesía y la resistencia. *“Había que protestar para permitir que se encontrara la energía de las resistencias de nuestros padres y las nuestras. Jóvenes y adultos merecemos una Tura mejor”.*

Dispuestos a reivindicar el paro cívico como nuestra oportunidad histórica de obtener los derechos y la justicia social. Nuestra mayor reivindicación se resumía en una frase. La cantaba ese pueblo, mi pueblo, que ahora tomaba como suyo este paro por encima mismo de los dirigentes. Una frase potente que se repetía a lo largo de todas las gargantas unidas en la marcha y que cantaban desde niños hasta ancianos, y se volvió un cántico viral repercutido ese mismo día hasta en España por otros porteños a través de las redes sociales: ¡El Pacífico no se rinde, carajo! El pueblo se había tomado el paro.

21 de mayo. Día 6 **“¡Por nuestros muertos, carajo!”**

Domingo. Día de la Afrocolombianidad en Buenaventura. En medio del paro cívico más grande de su historia, eso fue sinónimo de fiesta y unión. Se calcula que 160.000 personas salimos a las calles a celebrar nuestro paro cívico. Y los que no nos reunimos, bailamos y danzamos igual en nuestros barrios y puntos de concentración. En la isla y en el continente, la música hizo vibrar el territorio entero. Los parlantes retumbaron con música del Pacífico y no importó el origen ni las condiciones sociales a la hora de soltar el cuerpo. El paro cívico se hizo presente a través de la celebración para romper los miedos y restaurar la confianza. Las vías se llenaron de manifestantes. A lo largo de cinco kilómetros, gritábamos y arengábamos, y cantábamos y bailábamos:

“¡El pueblo resiste, carajo!”
“¡El pueblo no se vende, carajo!”
“¡El pueblo no se rinde, ¡carajo!”

Desde el Kilómetro 5, frente al Sena, hasta el Gallinero, las consignas se volvieron la voz de la multitud. En ellas estaba el dolor de Buenaventura, pero también el del Pacífico, y además el de los afrocolombianos que por fin podíamos expresarnos. Y a unos se les sumaron muchos más porque todos éramos afrocolombianos de hermandad y causa.

Éramos Pacífico. Éramos pacíficos. Comenzamos a cantar “los buenos somos más”. No podíamos aceptar la brutalidad con que el Estado respondía. Ni siquiera usaban agua, sino gases lacrimógenos que disparaban directamente hacia las personas. “Maten a esos negros”, también usaban las tanquetas contra las personas.



“La gente está cansada del incumplimiento de tantos acuerdos que no generan nada, cansada de vivir sin agua. No nos lo merecemos. Sin un hospital. Basta ya”, gritábamos y cantábamos, acompañados por la voz de los principales cantantes de salsa de Buenaventura, que habían tomado la decisión de apoyarnos.

“¡El pueblo resiste, carajo!”

**22 de mayo. Día 7. Buenaventura
“¡Y por nuestros vivos, carajo!”**

Las concentraciones se reanudaron en los sitios de encuentro: a las afueras del Puerto, en la entrada al Bajo Calima, vía que conduce a la Sociedad Industrial Aguadulce; en el corregimiento de La Delfina con comunidades indígenas, quienes también se unieron al paro cívico; en el puente El Piñal; la Casa de la Cultura; Santa Cruz; el Sena; San Luis; Juan XXIII; 14 de Julio; Bellavista; El Cristal y la comuna 12, entre otros sectores.

Esta vez, fuimos los docentes y la comunidad educativa quienes lideramos la marcha. Nuestra apuesta convocó a 15.000 personas. Los que asistimos, caminamos desde el Sena hasta el Bulevar del Centro, otro de los puntos de concentración nuestros. Con arengas y pancartas exigimos lo que más queremos: una educación de calidad.

“No nos tienen en cuenta, acá no más solo nos miran por ser una ciudad puerto, y la educación del pueblo es lo último en lo que se piensa”, dijo María Helena Cuero, una manifestante. En Cali, los docentes también marcharon en apoyo a la situación que vivía Buenaventura. Las mayores preocupaciones de nuestro magisterio reflejadas en esa protesta fueron la infraestructura de los colegios, la falta de personal de aseo y las pocas garantías que tenemos los maestros en el servicio de prestación de salud. Pero también, la falta de aseo en los colegios y la falta de refrigerios para los niños”.

Hasta ese día, 50.000 estudiantes de colegios públicos de la ciudad completaban siete días sin clase. Una comisión del Gobierno había sido programada para el siguiente día.

El Esmad, por su lado, se apostó para atacar con gases a los manifestantes que intentaban impedir el paso de las caravanas de mulas. La tensión seguía. Una semana después no había avances.

“¡Y porque nos oigan, carajo!”

23 de mayo. Día 8
“¡Por la resistencia, carajo!”

El Gobierno envió dos comisiones para reunirse con nuestros promotores del paro. A nuestro puerto asistieron el ministro encargado de Vivienda, Carlos Correa; los viceministros de Agua e Interior y los gerentes del Plan Pazcífico y de Findeter. Al Chocó llegaron los ministros de Medio Ambiente e Interior.

Sin embargo, lo crucial se dio en otro ámbito, y sería una constante a partir de ese día: todo se transmitió por internet, radio y televisión local.

El hecho fue clave porque desde la ciudadanía comenzamos a ver lo que estaba sucediendo dentro del hotel comisionado por el Gobierno para los diálogos, como si fuera un partido en vivo, y entender así qué acontecía dentro del recinto y qué se discutía entre el Gobierno local, el nacional y el Comité del Paro. Así, no hubo posibilidad de especulaciones: ahí estaba todo, transparente y claro. No había manera de sentir temor de que se negociara a espaldas nuestras.

El compromiso del Gobierno, luego de la consulta, fue tener el concepto de los magistrados ante el tema de la declaratoria para el 26 de mayo. El Gobierno viajó a Bogotá a plantear el tema de la consulta y en el Comité nos comprometimos a hacer nuestras consultas sobre el tema también.

Ese día hubo un cese temporal del paro y los habitantes del puerto activamos temporalmente el transporte, los comercios y las actividades bancarias para ceder ante las peticiones del Gobierno como condición para reabrir los diálogos y permitirnos a los ciudadanos abastecernos para los días que venían.

“Por nuestras dignidad carajo”

24 de mayo. Día 9

“¡Luchemos por lo nuestro, carajo!”

La expectativa continuó. En el Comité continuamos reuniéndonos y analizando las opciones alternativas, de acuerdo a la respuesta del Gobierno sobre las peticiones de nuestra comunidad.

La presión era grande: varios medios nacionales informaban de las consecuencias del paro, de las grandes pérdidas que se generaban para la economía del país y de que el comercio de Buenaventura tardaría cinco meses en recuperarse. Las pérdidas para el sector avícola, para los transportadores, para los madereros, entre otros, eran cuantificadas y se señalaba a paro cívico como culpable de la desestabilización de la economía nacional. ¿Y la ciudad? ¿No pensaban en nosotros?

Ese día realizamos una caminata hasta el Bulevar del centro, cerca del lugar donde se celebraban las negociaciones. Seguíamos en pie y denunciábamos. Las mulas seguían pasando, casi hasta atropellar a las personas. Para evadir los cercos, protegidas por el Esmad, se metían a los barrios y se llevaban los cables eléctricos hasta dejarnos sin luz. No les importábamos. En Buenaventura se muere de hambre la gente: hay zonas deprimidas de miseria extrema. Esa gente fue la que perdió la apatía y salió ese día a marchar.

Y seguimos esperando. Los medios internacionales ya habían llegado a nuestra ciudad y comenzaban a reportar desde nuestra realidad. Las redes nos conectaron con el mundo. Los mensajes de solidaridad aumentaron y en un momento dado se desbordaron. Las etiquetas #SOSchocó, #SOSBuenaventura, #SOSPacifico #SoyPacifico, #BuenaventuraResiste, #BuenaventuraenParoCivico y #ParoChoco se volvieron tendencia en las redes.

Las primeras potentes voces desde la música comenzaron a abarrotar las redes sociales, en especial, en ese primer momento, de nuestros propios músicos que decidieron cantar por nuestra causa con letras profundas y con sentido.

“¡Porque nos respeten, carajo!”

25 de mayo. Día 10

“¡Porque nos escuchen, carajo!”

Las peticiones por parte de nuestro Comité seguían en firme. Era uno de esos momentos en que la tensión crece por todos lados y nada se desarrolla. Desgaste puro. O aguantábamos o todo se iba al traste.

La mesa de diálogo seguía reunida. Su declaración decía que “ante la gravedad de la situación en Buenaventura, solo con la declaración de emergencia se pueden establecer las medidas jurídicas, administrativas y económicas urgentes que hagan posible las soluciones de fondo para los problemas

estructurales que impiden la vida digna para el conjunto de las y los bonaverenses. En coherencia, una vez dada la declaratoria de emergencia por parte del Gobierno nacional, se habilitarían los escenarios de negociación y establecimiento de compromisos concretos con el Gobierno en torno a los siguientes ejes temáticos estructurales”.

Sin embargo, estas medidas solo podían establecerse, como máximo, por 90 días. Y dejarían de regir al término de la siguiente vigencia fiscal.

La propuesta que surgió del Comité, si el Gobierno rechazaba la propuesta de declaratoria de emergencia, era volver permanente el “Plan Todos Somos Pacífico” y generar un flujo de recursos continuos que no dependieran del Gobierno de turno. Pero queríamos ver qué decía el Gobierno. Las reuniones con ellos habían sido difíciles. Muy complejas y demandantes por el desgaste y porque insistían en que todo estaba bien y todo se había cumplido. Sabíamos que no era así.

“¡Por el fin de la pobreza, carajo!”



26 de mayo. Día 11 “¡Por la vida digna, carajo!”

Las conversaciones se reanudaron con el Gobierno. Nuevamente se reunieron nuestros líderes y el ministro Rivera. El punto álgido de la discusión fue, por supuesto, la solicitud de declaratoria de emergencia: los dirigentes del paro cívico la considerábamos imprescindible, pero el Gobierno cuestionaba aplicarla. La diferencia radicó ese día en que el Gobierno trajo una nueva posibilidad, otro mecanismo para solucionar ese problema: crear la figura de Patrimonio autónomo y figuras jurídicas similares para generar recursos extraordinarios.

En realidad, había tres elementos que los miembros del Comité consideraban claves en cualquier propuesta: recursos extraordinarios; tiempo más rápido para la ejecución de los proyectos y obras, y la posibilidad de modificar leyes, como el no uso de los terrenos ganados al mar como zona habitacional por ser considerado de uso público. Cualquier propuesta, exigían, debía considerar estos tres elementos.

El ministro de Medio Ambiente, Luis Gilberto Murillo, quien lideró la mesa de diálogo por parte del Gobierno, dijo que sería una manera de hacer más ágil las inversiones y que aquello funcionaba como contrapropuesta a la exigencia de una declaratoria de emergencia social, económica y ambiental.

“Sería a través de un patrimonio autónomo, que sería el fondo Todos Somos Pacífico, un fondo ya creado que se rige por el derecho privado y se crearía una subcuenta en ese patrimonio específica para la implementación de los acuerdos, que tendría una especie de consejo directivo integrado por la institucionalidad y por la comunidad, que entraría a tomar decisiones con nosotros sobre esos recursos”, explicó Murillo.

Los ministros de Salud y Vivienda se sumaron a la mesa de diálogo. Desde el Comité nos pareció bien la figura, pero faltaba especificar los detalles. Nos comprometimos a estudiarlo para llegar a un acuerdo veloz.

El arzobispo ofreció una misa por la paz en el Pacífico, que coincidió con nuestro descontento: en las calles ya habíamos superado el centenar de denuncias por parte de ciudadanos ante la Personería de Buenaventura sobre abusos del Esmad con nuestra comunidad. En especial por el uso de gases lacrimógenos, que se disparaban de frente, y enfrentamientos fuertes en los barrios Oriente, Isla de la Paz, Kennedy, San Luis y Juan XXIII. Tres menores de edad habían sido afectados. Teníamos videos y pruebas de ello.

“¡Marchemos por nosotros, carajo!”



27, 28 y 29 de mayo. Día 12, 13 y 14. Buenaventura “¡Por un hospital digno, carajo!”

Las mesas se establecieron, por fin, para discutir lo que habíamos estado solicitando. Éramos más de 300 personas apostadas sobre cada uno de los ocho puntos específicos, aportando y también defendiendo lo que a cada uno nos parecía importante. La dinámica de tirar cada uno por su lado era comprensible, pero desgastante. Las conversaciones se dilataban y parecían no llegar a ningún lado, pero avanzábamos. Sabíamos que debíamos llegar a buen puerto. A nuestro puerto. Por nuestro puerto.

Añadimos una mesa más para buscar el mecanismo ideal a la hora de financiar el resurgimiento de Buenaventura. Una décima mesa se instaló también ese día, con la idea de discutir el tema de los derechos humanos a propósito de la dura intervención del Esmad contra nuestros habitantes. Justo ese día hubo durísimos enfrentamientos en el punto Los Pinos, donde algunos manifestantes bloquearon la vía con la quema de llantas; otra menor de edad fue herida.

El puente festivo, como tal, fue de intenso trabajo por parte del Comité del Paro Cívico, aunque no hubo negociaciones directas con el Gobierno, salvo la presencia de la ministra del Trabajo, quien presidió la Mesa de Productividad y Empleo, acompañada por la directora del Sena, María Andrea Nieto, y otros directivos del sector del trabajo.

La solidaridad seguía creciendo. Los obispos del Pacífico (Buenaventura, Cali, Guapi, Istmina-Tadó, Quibdó y Tumaco), emitieron un comunicado en el que calificaban de “justificadas las protestas sociales” de Buenaventura y del Chocó. Añadieron esto: “Históricamente los habitantes de la Costa Pacífica colombiana han sufrido el abandono estatal, la violencia de diversos actores armados y la corrupción de muchos líderes a todo nivel”; le exigieron a la policía no hacer uso desproporcionado de la fuerza y rechazaron la reacción con violencia a la violencia ya que “solo los Paros Cívicos pacíficos tienen legitimidad y eficacia”. De paso, le pidieron al Gobierno cumplir lo acordado. La Defensoría del Pueblo también se unió y calificó como legítimos los motivos de la propuesta.

Sin embargo, todo el fin de semana la mayor parte de las noticias del país permanecieron más concentradas en lo que sucedía en Venezuela que en el acontecer del Pacífico colombiano.

El lunes 29 fue festivo. Pero no desaprovechamos la oportunidad para celebrar. Realizamos el evento de Salsa al parque, con artistas invitados, entre los que se destacó Canalón, Kilates, El Mulatho, Herencia, entre otros, quienes además habían compuesto una canción para apoyar la marcha que se haría viral desde entonces y que precedió el trabajo de otros grandes. Junto a ellos, artistas como Buscajá y Socavón mostraron su solidaridad con nuestro proceso y animaron a los diez mil tureños que estuvimos ahí.

Era el momento ideal para hacer un receso. De alguna forma, la música reconectaba a nuestra comu-

nidad con el paro cívico. Seguía la inconformidad de que la actividad portuaria le doliera más al Gobierno Nacional en las conversaciones que nuestro desarrollo socioeconómico o ecológico. Su negativa a aceptar las propuestas y las acciones de las fuerzas armadas y de la Policía para desbloquear las vías y escoltar la entrada y salida de mulas, mientras la población dormía, nos dejaron en claro su verdadera intención. Si bailábamos y celebrábamos era para reactivarnos como pueblo unido. Para conectarnos de nuevo y no olvidar.

“¡Por la educación de los niños, carajo!”

30 de mayo. Día 15. Buenaventura
“¡Porque no nos irrespeten, carajo!”

El martes 30 debía haber llegado una delegación grande de funcionarios del Gobierno, pero no arribaron todos y la reunión se aplazó.

La tensión volvió a aumentar en los sectores de la Delfina y la Víbora, en la carretera que conduce a Cali, cuando se presentaron enfrentamientos entre nuestra comunidad y la fuerza pública. Los manifestantes que se encontraban en la vía lanzaron piedras contra los vehículos que estaban pasando para impedir su paso. Quince días de paso producían un desgaste en todos nuestros frentes y era cada vez más difícil remediar la tensión entre la intención de la fuerza pública de permitir el paso al puerto y la voluntad de mantener el paro cívico.

No podíamos permitir que volviera la violencia, porque perderíamos todo nuestros avances y nos quedaríamos sin argumentos para seguir negociando. Por eso, los líderes del paro cívico insistimos en hacer un llamado urgente para que dejaran de circular mulas y le reclamamos al Gobierno para que controlara el accionar del Esmad.

Fueron duros momentos de tensión. A la par que había confrontación en la calle intentábamos dialogar. “No podemos discutir con ustedes mientras le echan gas a la gente a las calles. Paremos esto –les dijimos, indignados– hasta que dejen de mover las tractomulas, hasta que cese el atropello a nuestra gente”.

“Pasan los días y la fuerza desmedida e injustificada del Gobierno del presidente Santos expresada en el Esmad, sigue reprimiendo la protesta pacífica, a pesar de las directas y reiteradas solicitudes del Comité del Paro de que estas unidades se retiren de las calles. Estas exigencias han sido formuladas incluso ante la presencia de entidades defensoras de derechos humanos. Pero siguen ocurriendo excesos a pesar de los pronunciamientos verbales del Gobierno en el sentido de que son garantes de la protesta social pacífica”, dijimos desde nuestro Comité del Paro Cívico.

Y seguimos esperando una respuesta.

“¡Por nuestros derechos, carajo!”



JUANES
@juanes

Siguiendo

Mi solidaridad con el Pacífico.No tenemos
armas, tenemos dignidad.

youtube.com/watch?v=-T974b... via
@youtube



¡No tenemos armas, tenemos dignidad!
¡NO TENEMOS ARMAS, TENEMOS DIGNIDAD! Hoy decidimos
unirnos líderes del Pacífico Colombiano, para visibilizar y
respaldar la lucha digna que enfrenta nuestro ...
youtube.com

RETWEETS
31

ME GUSTA
61



10:32 - 22 may. 2017



5



31



61

31 de mayo. Día 16. Buenaventura “¡Para que nos cumplan, carajo!”

El miércoles 31 llegaron los representantes del Gobierno. Habíamos logrado superar las dos semanas y estábamos rompiendo todos los récords de duración y de cohesión social. En esta ocasión intervino la Procuraduría para acelerar el proceso y hacerlo más expedito. Hasta ese momento la Diócesis, la Iglesia, representantes de Naciones Unidas y la Defensoría del pueblo habían asumido un papel preponderante, pero la presencia de la Procuraduría era un garante para avanzar. El secretario de Gobierno nos dijo que ya tenían lista la comisión para afrontar la negociación, y que realizaríamos la reunión en la Procuraduría en Bogotá, junto con la gobernadora del Valle y el alcalde, así como algunos garantes.

La noticia de poner a nuestra disposición el Ministerio Público para que lo usáramos como sede de las negociaciones fue positiva, pero a la vez nos obligó a hacerlo por poco tiempo: iríamos, pero no podíamos dejar de lado a Buenaventura ni a nuestra gente, que seguía el proceso por internet y los medios locales. Queríamos seguir dialogando cerca de los habitantes por los cuales luchábamos.

El cambio de actitud nos llevó a activar un corredor humanitario para permitir la reapertura del comercio en Buenaventura y la movilidad de una flotilla de buques de cabotaje para transportar alimentos, víveres, medicamentos y combustibles a otros departamentos del Valle y Cauca que dependían de nuestro puerto. Planteamos dejarlo activo tres días.

Estábamos en el punto de un principio de acuerdo que nos permitía finalizar el paro cívico. La comisión del Gobierno Nacional, integrada por cinco ministros, y el Comité del paro, dialogaba y disentía con nosotros sobre lo exigido. Pero al menos, la propuesta de nuestro Comité de crear un

fondo exclusivo con manejo autónomo de Buenaventura fue aceptada por el Gobierno.

“¡Por un acuerdo justo, carajo!”

1 de junio. Día 17

“¡Por nuestro territorio, carajo!”

El corredor humanitario que esperábamos implementar durante tres días solo duró doce horas. Primero, por el temor de que se perdiera la fuerza de la protesta cuando aún faltaba lo crucial: definir el compromiso del Gobierno y precisar los ocho puntos que exigíamos. Y segundo, porque los disturbios y los bloqueos que protagonizaron encapuchados en varias zonas del municipio, y que llevaron al incendio de una tractomula, nos obligaron a dar marcha atrás y cerrar filas para acabar las negociaciones cuanto antes.

Una delegación del Comité del Paro Cívico viajamos a Bogotá para discutir, con la intervención del Procurador General, aspectos que podrían darle fin a la manifestación.

Hasta ese momento el paro había dejado 42.000 millones de pesos en pérdidas, recalcaba la televisión ese día. Además, 300.000 toneladas de productos continuaban represadas en el puerto sin poder salir a otras partes del país, y 60.000 toneladas más no se han podido exportar. Salvo el canal Caracol, y emisiones de RCN Radio, éramos vistos como un problema que no permitía avanzar la economía del país. Volvíamos a preguntarnos... ¿Y quién pensaba en nosotros?

Ese jueves tuvo lugar la reunión en la Procuraduría en Bogotá. Los que nos quedamos en Buenaventura permanecemos a la expectativa. Desconfiábamos: nos resultaba casi imposible creer luego de tantas decepciones. De esa reunión surgió un comunicado general que nos dio una luz: ya casi había definido un acuerdo. Se vislumbra la luz. Y además, quedó claro que se celebrarían las negociaciones pendientes en Buenaventura, y la gente podría seguir las para saber que no serían engañados.

“¡Por el medio ambiente, carajo!”

2 y 3 de junio. Día 18 y 19

“¡Para que no nos ataquen, carajo!”

Desde las 2 a.m. del viernes 2 de junio, el Esmad inició a gasear en los barrios Oriente e Isla de la Paz. Hacia las 4:20 a.m., en el sector de La Virgen, los manifestantes, en retaliación, incineraron una tractomula que se disponía a transportar carga desde el Puerto hacia el interior del país. Dos vehículos de carga pesada fueron luego atacados a piedra. Cuatro horas más tarde, dos tractocamiones más fueron quemados en el barrio Isla de la Paz, aunque no estaban transportando mercancía. Se estaba saliendo de control la situación por la tensión de no tener un acuerdo resuelto.

Los choques con el Esmad aumentaron ese día y hubo 17 heridos en enfrentamientos con ellos. Las cifras de uniformados de la Policía con el Esmad, la Armada y soldados presentes en Buenaventura alcanzaba las 3.000 personas, sin contar con helicópteros. Nuestra gente los veía como una amenaza, les gritaban, y algunos tuvieron que huir despavoridos para luego reagruparse y atacar en masa contra la multitud.

Ese viernes retomamos las negociaciones finales con la delegación del Gobierno en Buenaventura. La Procuraduría envió a su procurador delegado para el Chocó, Richard Moreno, quien había sido clave para levantar el paro en Chocó y quien apoyó los temas del puerto.

Sin embargo, ante las denuncias de atropellos por parte de los cuerpos de seguridad, decidimos suspender la negociación unas horas. También por la denuncia del paso forzado de tractomulas que irrespetaban la voluntad de la comunidad de mantener el paro. Era un momento muy complejo: cada acuerdo negociado en las mesas era un tira y afloje tremendo. Las noticias de afuera nos dolían. Hasta ese momento, en la Clínica se habían atendido 35 pacientes, de los cuales 14 presentaban dificultades respiratorias.

Volvimos y trabajamos todo el resto del viernes en las mesas, donde discutimos los temas cruciales de la ciudad. Adoptamos el mecanismo del fondo. Pero faltaba mucho: definir el monto y la fuente de los recursos era la mayor preocupación. Otras mesas avanzaban. Durante el viernes y el sábado distintas mesas comenzaron a llegar a acuerdos.

No era fácil, sin embargo, estar reunido en el Hotel Cosmos. Pedimos hacer las reuniones en un colegio, pero el Gobierno adujo falta de seguridad y no logramos movilizarlos. El Cosmos era un lugar cómodo para el Gobierno, y eso incidía hasta dónde podían ceder porque estaban en su ambiente, y no en la realidad nuestra de cada día: no sentían el calor ni la zozobra de las calles. Para nosotros no fue sencillo: en el hotel todo se cobraba, y en las madrugadas era imposible acceder a algo simple como un café. La comunidad se sintió presionada por eso.

Poco a poco, y eso era lo positivo, se abrían las posibilidades. Quedaban los temas gruesos y de recursos a nivel de Gobierno.

“¡El pueblo canta y grita carajo!”

4 de junio. Día 20

“¡Porque todos somos uno, carajo!”

El contador de 33 años, Isaías Cifuentes, máster en gobierno de la Universidad Icesi, increpó al ministro del Interior Guillermo Rivera, representó el sentimiento de toda nuestra comunidad y se convirtió en la vocería más precisa de las tres semanas de paro. Fue su voz la voz de todos nosotros, la indignación de todo un pueblo que veía cómo las tractomulas seguían pasando, protegidas por el Esmad, ante unas instituciones públicas indiferentes a los reclamos de la comunidad y a las necesidades de Buenaventura. La mercancía por encima de la gente.

“Al tiempo que estamos discutiendo esto y que usted habla de diálogos acá, allá en el Cosmo usted sabe que el Esmad está ‘garrotiando’ y echándole gases a los ciudadanos de Buenaventura. Estamos reclamando dignidad, queremos vivir como ciudadanos, como seres humanos, ¿Es o no es un estado social de derecho? Mire la arrogancia del Estado de ustedes que representan. Vea Video

“Ustedes ni siquiera pueden suspender 48 horas el paso de las tractomulas. Ministro, las tractomulas no pueden estar por encima de la gente de Buenaventura, respete a la gente de Buenaventura y se lo digo calmadamente y mirándolo a los ojos, porque yo estoy en las calles viendo cómo su gente que usted comanda dice que ‘a estos negros hay que matarlos y darles duro’. Estamos en desacuerdo con esa desidia y con ese racismo que representa el Estado cuando no puede hacer nada por controlar lo que está pasando con nuestra gente en las calles”.

Ese día, noticieros de todo el país y del mundo lo compartieron. Justo cuando cerrábamos las negociaciones y todo parecía avanzar, la valentía de uno más de los tantos que habíamos hablado quedó grabada para convertirse en tendencia social y evidenciar nuestra situación. Además, el Defensor del Pueblo, Carlos Alfonso Negret Mosquera, denunció ese día el uso desmedido de la fuerza por parte del Esmad. La situación de orden público en Buenaventura “es decadente” y “el uso de la fuerza desmedida por parte del Esmad no tiene justificación”, dijo, revalidando nuestras quejas.

Según Negret, el Ministerio Público había atendido 91 casos y tramitado 39 quejas sobre la situación que padecíamos. En su reporte, doce menores habían ingresado al centro médico Santa Sofía, afectados por gases lacrimógenos.

Mientras tanto, en las mesas de negociación aceleramos el paso. No podíamos permitirnos más dilaciones. Algunas avanzaban más lentas, como la de empleo y productividad, porque la ministra de trabajo estaba en la negociación con Fecode y algunos representantes no podían tomar decisiones sin consultar previamente.

Pero también había demora porque estaba conformada por productores, madereros, agricultores y portuarios, entre muchos más. Era, en definitiva, la más compleja. El Gobierno insistía en manejar todas nuestras peticiones como si no hubiera una emergencia y ofrecían lo mismo que ya teníamos:

sus programas básicos y su oferta institucional. Durante muchos días intentamos hacerles caer en cuenta que eso ya estaba y no funcionaba, pero el Gobierno volvía tarde o temprano a los temas ordinarios.

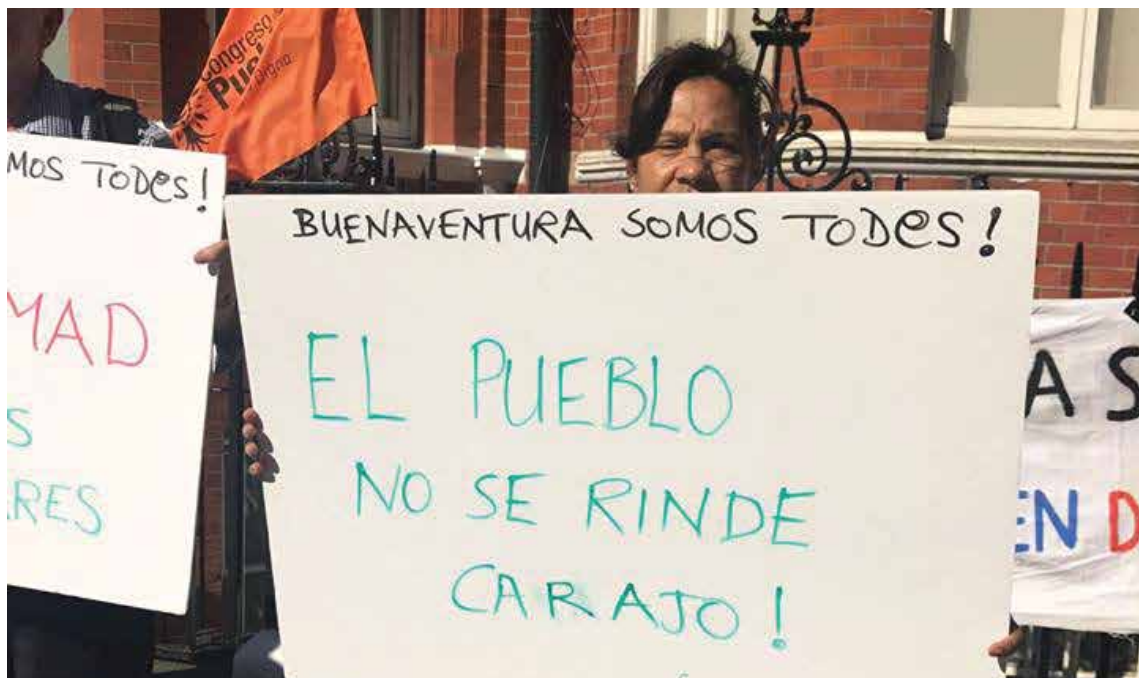
Además, había una tensión adicional. Nuestra vocería comunitaria pugnaba por plantear sus propuestas, quién hablaba y quién representaba a su sector. Cada uno halaba para su lado. Era duro de manejar en la mesa y nos desviaba. Pero por fortuna, terminamos conciliando puntos de vista.

Consolidamos la idea de que el fondo único era la mejor salida para la comunidad. Solo faltaba darles la mitad de las puntadas al acuerdo final, que sentíamos iba en un 50 por ciento. Las mayores diferencias estaban en temas de agua y saneamiento básico. Luego de ocho horas de reunión, nos comprometimos a hacer lo que fuera necesario hasta lograr destrabar las negociaciones. 300 locales y 50 representantes del Gobierno estábamos concentrados en que así fuera.

La gente en las calles sentía que el paro estaba por terminar y se unieron en otro día de celebración: se realizó una caminata con artistas reconocidos de Buenaventura, a las que se unieron personalidades como Willy García, Junior Jein y el futbolista Freddy Rincón, entre muchos otros, y en la que se realizaron actividades culturales, se bailó salsa y música del Pacífico, y se realizó una marcha que fue desde el Sena hasta el centro de la ciudad.

“¡Vamos todos juntos, carajo!”





5 de junio. Día 21
“¡Por el patrimonio, carajo!”

El lunes 5 casi todo estaba listo. La expectativa crecía. Había largas filas para abastecerse y sacar dinero de los cajeros automáticos y los medios insistían en las millonarias pérdidas, pero al menos en este punto, había más claridad sobre lo que vivíamos en Buenaventura y más solidaridad con la situación del Pacífico colombiano. Solo faltaban algunas mesas por llegar a acuerdos. Nos pedían, eso sí, suspender el paro mientras definíamos lo último. Pero era nuestra oportunidad histórica. No lo levantaríamos hasta que se cumpliera, por fin, lo establecido.

“¡Vamos a unirnos, carajo!”

6 de junio. Día 22
“¡Hasta la victoria, carajo!”

Después de 14 horas de concertación, la sirena del Meritorio Cuerpo de Bomberos nos avisó a todos en la comunidad a las seis de la mañana que ya se había suspendido el paro tras la firma del acuerdo entre ambas partes. Algunos lo siguieron por televisión. Era la noticia más anhelada tras 22 durísimos días de negociación.

Ese día, todos sentimos que habíamos logrado el mejor acuerdo posible. El pacto iniciaría con un presupuesto de 76 millones de dólares con crédito externo equivalentes a 220 mil 400 millones de pesos, más los 873 mil millones de pesos por parte de todos los ministerios, como también de los

impuestos por obras, para un total de 1.5 billones de pesos, una vez fuera aprobado por el Congreso de la República la creación del Fondo de Patrimonio Autónomo para Buenaventura.

Nuestro mayor logro fue lograr el proyecto de ley que le dará vida al patrimonio autónomo para esta ciudad, compuesto por un plan de desarrollo especial a 10 años, con ejecución de proyectos e iniciativas financiadas por el fondo. Además, el 50% del valor del impuesto a la renta con que están gravadas las empresas vinculadas a la actividad del puerto se destinaría a dicho patrimonio.

A las 9 de la mañana se leyeron los acuerdos. Hubo aplausos y abrazos.

El Pacífico, unido, celebró. La costa caucana, que se encontraba desabastecida porque las flotas de cabotaje de Buenaventura no llegaban, también celebró. Habíamos recibido apoyo desde Guapi y Timbiquí, así como desde los municipios del litoral del San Juan, Juradó y Nuquí. Todos ellos estaban unidos a nosotros. Todo el Pacífico, en realidad.

Al finalizar la tarde, realizamos un encuentro en el Bulevar. Allí, Monseñor Héctor Epalza pronunció un discurso de gratitud para el pueblo bonaverense y recordó la gran “desproporción que hay entre el resto de Colombia y el Pacífico”. Epalza Quintero recordó que la Iglesia siempre ha sido acompañante y solidaria con la causa cívica del pueblo que lleva años sufriendo, y que apoyó el paro cívico porque “Mal haríamos como diócesis en ser indiferentes. Por eso cargando los gozos y esperanzas, las lágrimas y sufrimientos del pueblo de Buenaventura”, expresó el religioso.

El transporte público y los comerciantes, los más reacios normalmente a apoyar el paro, habían permanecido fieles al paro 22 días. Había habido muchas fricciones, pero ahora celebrábamos. Era lo justo. Había sido una durísima batalla por obtener justicia social.

Habíamos desafiado al Gobierno nacional y obtenido a cambio lo que era nuestro. Nos habíamos unido. Y a través de la cultura nos cohesionamos: los artistas usamos nuestro talento para replantear la narrativa de la región. Las líricas invitaron a la lucha. No fueron vacías, sino llenas de contenido que enfatizaba nuestra dignidad y fuerza.

Conseguimos un fuerte respaldo internacional, y visibilidad. Incluso, diez congresistas de Estados Unidos enviaron una carta al Gobierno colombiano para denunciar el excesivo uso de la fuerza contra los manifestantes, las amenazas de los paramilitares a la población, el asesinato selectivo de personas en Chocó y para pedir acciones concretas a favor de las comunidades negras e indígenas.

Lea la carta de los congresistas estadounidenses: <https://goo.gl/MKWmkn>

Ahora vendría otra batalla: revisar el tema de la corrupción a nivel del Gobierno local y revisar por qué no fluía el dinero ni las transferencias de recursos a nuestra población. Y hacer frente a las retaliaciones de los violentos: tanto en la mesa de víctimas, protección y acceso a la justicia como en la de

derechos humanos teníamos información de que ya había habido personas participantes en el paro que habían sido torturadas y sacadas de sus casas. Nos están buscando y persiguiendo. No soportan que levantemos la voz. La otra batalla que resta es llevar los acuerdos a la comunidad y explicárselos de manera sencilla. Queremos que todos los entiendan. Y sacar adelante la firmatón para que toda nuestra protesta no se quede en un proyecto de ley, sino que se le exija al Gobierno su cumplimiento. De todos modos, nuestros dirigentes cívicos quedaron con la tranquilidad de haber logrado los objetivos principales del paro. Nuestro pueblo, con la certeza de que habían podido balancear el desequilibrio histórico, por fin, un poco hacia nuestra comunidad. Todos nosotros entendimos que nuestro poder, nuestro mayor fortaleza como comunidad, era habernos unido. Organizados, fuimos fuertes. Y el pueblo no se rindió. No nos rendimos, ¡carajo!

“¡El pueblo no se rinde, carajo”

‘No gozamos del puerto: lo padecemos’, padre John Reina, presbítero de Buenaventura. Uno de los líderes detrás de la protesta, en tres preguntas

1. ¿Por qué era necesario alzar la voz?

“Porque a Buenaventura, por mucho tiempo, se le ha tenido en el olvido en las inversiones dentro de lo social, y las que llegan no corresponden al crecimiento de la ciudad. El Gobierno nacional ha pensado en Buenaventura como enclave económico, pero no social. Buenaventura cada día va para atrás en materia de desarrollo social. Los déficits de empleabilidad y de necesidades básicas iban en aumento.

Nuestra protesta iba directamente al Gobierno porque en su política económica miraba al puerto como un lugar de extracción: sacar provecho y no invertir. Buenavenura le produce al país en aduana internacional alrededor de 5,7 billones de pesos, y de eso no se le revierte ni el uno por ciento. Ahí está la inequidad. De ahí, la necesidad de reclamar sus derechos.

Nosotros en la ciudad no gozamos del puerto: lo padecemos. Durante mucho tiempo la violencia y las muertes nos azotaron; las casas de pique nacieron como una estrategia para abandonar los barrios. No ha habido nunca un fin de semana de diversión o esparcimiento sano: solo tenemos las cantinas. Nuestros gerentes de las empresas no son de aquí. De la ciudad solo se escoge la mano de obra barata. La gente que gana los mejores sueldos sale de la ciudad los jueves y vuelven los lunes.

2. ¿Cómo nació esta protesta?

Nació de la confianza. Empezamos a trabajar con todas las organizaciones, ya que todas hacían paros independientes. En realidad, comenzamos desde la marcha del 19 de febrero de 2014, propiciada por Monseñor, para que saliera la gente a marchar y a protestar contra la violencia. Decidimos esa



vez enterrar la violencia con dignidad desde la Pastoral Social y la Diócesis. Para superar la desconfianza entre los gremios por la corrupción y la falta de unidad o la ausencia de liderazgos, hicimos el acompañamiento para unirlos y dejar atrás la competitividad. Cuando la Diócesis, Monseñor y a través de la Pastoral insistimos en este proceso, la gente se unió.

Ya en el día a día, el siguiente paso fue animar a la comunidad, estar en los puntos de encuentro y generar un proceso como una forma didáctica y formativa para la gente. No se trataba solo de gritar arengas, sino que quisimos hacer puntos de encuentro que se convirtieran en puntos culturales donde la comunidad se encontrara. En la ciudad, los espacios normales son de la casa al trabajo, y viceversa, pero no tienen espacios comunitarios. Así, los cuatro primeros días fueron de fiesta: la gente cantó y jugó juegos como el bingo o la lleva. Eso ayudó a crear conciencia cuando llegó la tensión. Los medios locales de comunicación nos apoyaron y las redes también.

3. ¿Cómo lograron resistir?

En el día a día hubo momentos difíciles. El 19 de mayo pensamos que habíamos perdido el control de la ciudad, pero el 20 vimos lo contrario. El efecto que quería el Gobierno con el Esmad fue opuesto a sus intenciones. En vez de apagarnos le dieron combustible a los bonaverenses. Algunas personas le gritaban al Esmad “gracias por darnos el combustible para continuar en el paro”. De ahí salió la frase “a Buenaventura le han quitado todo, que le quitaron hasta el miedo”.

En nuestro mensaje siempre dijimos que el paro era de cada individuo y cada uno tenía que asumirlo como tal, pero los problemas de todos. Por eso las ocho mesas no reflejan visiones particulares, sino necesidades comunes. Hubo momentos difíciles en la negociación cuando nuestros argumentos no eran tenidos en cuenta. Lo importante es que nos probamos, logramos unirnos y hoy Buenaventura ya se ganó el apoyo y el respeto a nivel internacional”.



Videos:

- **Ver video resumen del paro cívico:**

<https://goo.gl/spt7a4>

- **Video No tenemos armas, tenemos dignidad:**

<https://goo.gl/DWTtff>

- **Oye nuestro canto, la canción simbólica de la protesta:**

<https://goo.gl/uQSMcZ>

- **La canción viral de doce artistas que respaldan el paro cívico:**

<https://goo.gl/2vVVqi>

- **Video de las protestas en Chocó:**

<https://goo.gl/rSw82a>

- **El Teacher le compone a Buenaventura:**

<https://goo.gl/FnWytR>

- **Alexis Play le canta al paro cívico esta pegajosa composición:**

<https://goo.gl/c7P88F>

- **El pueblo no se rinde, carajo, la canción del Pacífico:**

<https://goo.gl/ZnHKjh>

- **Coreografía en frente de la Catedral de Quibdó, por jóvenes creadores:**

<https://goo.gl/zRuVWT>

- **May, el profeta, cantante de Buenaventura, se desahoga:**

<https://goo.gl/kq3Koo>

- **Pablo Tunes le dedica una canción de respaldo a Tura:**

<https://goo.gl/6gBBW8>

- **Agrupación musical Mar Afuera apoya el paro:**

<https://goo.gl/zSgGC7>

- **Apoyo de Charco Azul desde Cali:**

<https://goo.gl/xphVp2>

- **Cantante anónimo en la red eleva su voz:**

<https://goo.gl/jdNhJW>

- **Winnie Ibarbo: El pueblo no se rinde:**

<https://goo.gl/i2nSNZ>

- **Willy García le rinde homenaje a Buenaventura:**

<https://goo.gl/F3P92d>

- **Video musical de apoyo de colombianos residentes en Argentina:**

<https://goo.gl/AVGmMi>



OTROS TESTIMONIOS

“Hubo momentos difíciles. Pero no nos rendimos. El hotel elegido, la presencia del Esmad, la presión del Gobierno, la violencia, las demoras, pero continuamos adelante hasta el final. No podíamos rendirnos”.

Álvaro Arroyo. Líder comunitario. Representante del Consejo Comunitario del río Yurumanguí

“Fue la oportunidad para jóvenes como yo de hacernos partícipes de un ejercicio de exigencia. Entendimos que las redes sociales (como notisarcasmo, un noticiero digital que hicimos por Facebook) podían ser herramientas poderosas para convocar a los jóvenes que llegaban a los puntos de encuentro. También nos unimos en el voz a voz en las calles. El paro fue nuestro. De nosotros, los jóvenes”.

Leonard Rentería. Líder juvenil

“Los Jóvenes Unidos por Buenaventura recogemos ahora 20 mil firmas para respaldar los acuerdos. No es solo porque sea el sentir de mi generación, sino que ha sido el de todas. No queremos que se repita la historia”.

Jóvenes Unidos por Buenaventura

“Participamos desde el oficio periodístico, pero también fuera del oficio: lideramos a la comunidad para que saliera a marchar y para ponerlos en contexto. Lo hicimos desde el micrófono y caminando por los barrios de Lloró, Chocó. Fuimos un enlace con el paro y para atraer a la gente apática vencida por el cansancio de la corrupción”

Yubert Moreno, director de Lloró Stéreo

“El Gobierno nos prometió en agosto del año pasado, y no cumplió. Nos anunció vías pavimentadas para acceder a Medellín y a Pereira, para que los inversionistas encuentren un camino. Nos ofreció servicios públicos, un hospital de tercer nivel y la seguridad, y eso no ha pasado”.

Dilon Martínez, líder choicano

“Hago parte del grupo del grupo de líderes de MingaLab. Cuando empezó el paro, estaba en un evento de AfroInnova. Quedamos atrapados en Cali. Éramos líderes de dos ciudades cruciales, Quibdó y Buenaventura, y no podíamos ir. Nos sentíamos amarrados y tristes. Pero luego del 19 de mayo, desesperados, apelamos a las redes sociales para aportar. Surgieron ideas de nuestro grupo de artistas audiovisuales y culturales, e hicimos un video sencillo pero impactante para conceptualizar el paro en un minuto y medio, con coincidencias entre los dos paros para que la gente lo tuviera claro. Yo quería una frase contundente que moviera masas. Y propuse: ‘no tenemos armas, tenemos dignidad’. A los dos días el video ya tenía 37.000 vistas. Lo replicaron artistas, activistas, líderes políticos. No habíamos dimensionado el poder de las redes. Finalmente, logré llegar ocho días antes del fin del paro. Allí, tuve la idea de hacer una protesta dentro de una marcha para el empoderamiento de la mujer: body paint para plasmar en mi cuerpo e el empoderamiento y confrontar a los otros: salí semidesnuda a la calle. La gente lo recibió muy bien y propició que otras dos muchachas más se desnudaran y se unieran. La imagen fuerte y llamativa motivó a seguir batallando”.

Diana Lara, joven líder, participante de MingaLab

EL PARO EN LOS MEDIOS NACIONALES

Con timidez registraron los principales medios nacionales la jornada de paro cívico. El Colombiano, El Tiempo, La Opinión, El Espectador, El Universal y Vanguardia Liberal censuran la actividad y solo la mencionaron en su portada en contadas ediciones desde que inició la protesta en Buenaventura el 16 de mayo.

La revisión de las portadas denota cierto desinterés de la prensa por la organización y la lucha comunitaria en esa región. El paro fue noticia de portada en tres ocasiones bien limitadas como lo refleja esta muestra de portadas: 1. Cuando ocurrieron disturbios y saqueos que mancharon la convocatoria. 2. Para reflejar la postura gubernamental y empresarial sobre el paro y 3. Cuando culminó.



La participación y organización ciudadana fue anulada. Una excepción, la portada de El Espectador del 30 de mayo (“En tono de queja”).

EL PARO EN LOS MEDIOS INTERNACIONALES

Las redes sociales fueron las grandes protagonistas. Nuestro reconocimiento a Made in Chocó que reportó minuto a minuto lo que estaba sucediendo, a Soy Buenaventura y a todas aquellas iniciativas de periodismo comunitario que informaron con sentido de transparencia y responsabilidad lo que ocurría, desde Buenaventura y Quibdó para el mundo.



Y seguiremos cantando... y seguiremos riendo, y seguiremos luchando...

“El principal mensaje para las comunidades actuales y futuras es que no se desanimen, que sigan adelante, que el trabajo apenas empieza. Hay una gran tarea y una gran responsabilidad. Y que por lo tanto ellas, como gestoras de su propio futuro, de su propio desarrollo tienen que seguir adelante y no desmayar en ningún momento”

Yolanda Cerón, Misionera Asesinada en Tumaco.



Corporación Manos Visibles
PBX: (57) (1) 3838108
Calle 38 N° 15-67 Bogotá D.C.